



## PRIMERA PARTE.

## CAPITULO I.

## Hermano y hermana.

El 29 de junio de 1377, dos personas extranjeras que habían pernoctado en la posada de los Tres Reyes en Colonia, preguntaban á su huésped dónde vivía un cambista que quisiera tomar escudos de oro franceses por moneda corriente en los Países Bajos. Maese Fernig, hombre robusto, de cara risueña y que vaciaba alegremente un vaso de cerveza, sentado en el umbral de su puerta, con los brazos arremangados hasta los codos, les contestó que hallarian lo que buscaban en la calle de la Estrella, cerca de la iglesia de San Pedro y San

25 de abril de 1845.

Pablo, en casa de maese Ians Rubens. Los viajeros se dirigieron inmediatamente al barrio que les había indicado el honrado flamenco, mientras que este, volviéndose á uno de sus convecinos que le ayudaba á apurar una botella de espumosa y aromática cerveza, dijo:

—Llegan de Francia, y sin embargo no hablan la lengua de ese país, apostaría á que son italianos...

—Y hermano y hermana; añadió una voz medianamente aguda que vino á mezclarse de repente en la conversación y que hizo levantar bruscamente la cabeza al posadero.

—Ah! ah! muger, estás ahí? dijo con aire de buen humor, al ver los ojos negros de la mesonera blanca y sonrosada, de brazos rechonchos y dientes de perlas. Y

TOMO III.

41



de dónde infieres que esos extranjeros sean hermano y hermana? Mas bien los hubiera yo tenido por marido y muger.

—Una muger, replicó la señora Trea sonriendo, como para desmentir lo que ella aventuraba, no se toma por su marido cuidados tan tiernos y tan delicados. Ese señor italiano está gravemente enfermo, como lo prueba suficientemente su palidez; y la joven que le acompaña no se separa de él un momento; continuamente está á su lado, atenta á prevenir sus menores deseos, con los ojos llenos de lágrimas cuando le mira sin que él la vea, y risueña y jovial cuando él levanta la cabeza hacia ella. Esta noche, no sé lo que ha pasado en su cuarto, pero el pobre señor ha dado gritos lastimeros y parecía sufrir de una manera terrible. La señorita no se ha acostado, y ha pasado toda la noche á su lado, consolándolo, prodigándole mil cuidados y dándole á beber brebajes que ella misma le preparaba y con los cuales lograba dormirlo. Tal vez pensareis que entonces se acostaría la joven para descansar un rato? nada menos que eso; sentada á la cabecera de la cama de su hermano, asiendo una de sus manos entre las suyas, ha pasado el resto de la noche en rezar quedo y pedir á Dios por el que dormía.

—No haríais otro tanto con vuestro marido, Trea? ahadió el mesonero que pasó su brazo al rededor del torneado talle de su muger y la dió un apretado abrazo.

—No seguramente, replicó ella rechazando á su marido de modo que le incitaba á un segundo abrazo, lo que hizo al instante. Calla t. nto. Si merecieras la pena de que una se tomara por ti esos cuidados, los tomaría como otra cualquiera, pero eres un bribon que no me quieres, y por lo mismo yo no te quiero, dijo ella, cogiendo con sus manos pequeñas la triple barba de maese Fernig.

En este momento oyóse en el interior de la posada la voz de personas que llamaban á la mesonera, la cual voló como un pájaro dejando á su marido y al buen vecino que bebía con él.

—Es un tesoro, un verdadero tesoro! exclamó Pedro Fernig siguiendo con la vista á su muger. Ah! maese Jacobo, benditos sean Nuestra Señora y los Santos del Paraíso por haberme dado tan excelente esposa. Desde el día en que me casé, la felicidad ha entrado en mi casa, sin contar la fortuna, porque ella posee tanto orden, inteligencia y amor al trabajo, como amabilidad y buen corazón! A la salud de Trea, compadre!

En tanto que maese Fernig elogiaba así á su muger, el caballero italiano, apoyado en el brazo de su hermana, se dirigía hacia la calle de la Estrella, guiado por la cúpula de la iglesia de San Pedro y San Pablo que sobresalía por encima de todas las casas y mostraba su campanario calado como un encage de Flandes. Este caballero, que podría frisar en los treinta y tres años, era de estatura mediana y de gentil continente, aunque arrastraba ligeramente la pierna izquierda, á la cual llevaba frecuentemente la mano, como si le aquejara un dolor producido por la herida que había recibido poco tiempo hacia en un duelo. El jubon y calzas de terciopelo negro de que estaba vestido, cuadraban maravillosamente á su figura pálida y á sus facciones, que sin presentar mucha regularidad, no carecían de encantos, ni de hermosura, gracias á una frente espaciosa modelada, á unos dientes de una blancura de perla y á unos ojos llenos de espresion en que la ternura se mezclaba á la melancolía. Todo anunciaba en él un personaje de distincion; el cuidado que ponía en sus manos pequeñas y blancas, y sobre todo la elegancia de su menudo pie, en cuya forma se reconocían todas las señales que caracterizan la pureza de raza. Al primer golpe de vista su aire frío y tal vez desdeñoso inspiraba reserva y desconfianza; pero cuando se le veía

volver hacia su hermana sus ojos, animados entonces con una espresion dulce y afectuosa, cuando se oían las modulaciones casi musicales de su voz suave, se comprendía que le bastaba querer para ser amado.

Su hermana, pues la buena de la posadera no se había engañado en sus conjeturas, parecía al primer golpe de vista no tener mas que veinte años, por ser pequeña, delicada y rubia; pero examinándola mas despacio se conocía en las arrugas que principiaban á dibujarse en su rostro, que contaba ya treinta años ó poco menos; pero aun cuando no era linda, sin embargo no podía vérsela sin amarla; porque había en ella ese encanto misterioso que emana de los corazones tiernos hasta la abnegacion mas sublime de sí mismos. No apartaba un momento los ojos de su hermano, cuyos menores movimientos vigilaba, apesadumbrándose cuando le veía triste y sombrío, y regocijándose cuando le veía risueño y alegre. Si tosía, dirigía á hurtadillas miradas inquietas al pañuelo que llevaba á los labios, temerosa de verlo manchado de sangre; si dejaba caer tristemente la cabeza sobre su pecho, procuraba sacarlo de su melancolía llamando su atencion ora sobre las ricas esculturas de una casa, ora sobre los reflejos de oro del sol, en los pintados vidrios de una iglesia. Pero estos goces eran muy raros, porque apenas levantaba la cabeza, miraba con aire distraído, y en seguida se entregaba otra vez á sus pensamientos dolorosos y á sus fatales preocupaciones.

De este modo llegaron á la calle de la Estrella y casa de Ians Rubens. Entraron en el escritorio donde el mismo Rubens negociaba sus cambios y sus descuentos. Al ver al extranjero, el buen flamenco hizo un movimiento de sorpresa y de alegría, se dirigió á él y le presentó la mano diciéndole en italiano:

—Seais bien venido, caballero, cuanto tiempo hace que no nos vemos!

El interpelado levanto la cabeza y le miró con sorpresa y sin conocerle, á pesar de que Ians Rubens le dirigía la palabra en tono de amistad.

—No me conoceis? continuó el cambista, puede muy bien suceder que os hayais olvidado de mí, pero yo sería un ingrato si no me acordara de vos! ¿Será preciso recordaros que en Ferrara, hace ya doce años, en 1665, se vió en cierta noche un hombre acometido por tres asesinos y hubiera perecido sin el oportuno socorro que le prestó un caballero que por dicha pasaba, y que despues de haber puesto en fuga á los agresores, trasladó á su casa al extranjero peligrosamente herido, y le prodigó los cuidados mas generosos hasta el momento de hallarse completamente restablecido? No, no, caballero, doce años no os han desfigurado tanto que no reconozca desde el primer golpe de vista á quien debo la vida, al señor Torcuato Tasso.

Y tendió la mano al caballero que se la apretó afectuosamente, mientras que Cornelia miraba á su hermano con enternecimiento.

—En este supuesto, añadió maese Rubens, ya comprendereis que en Colonia no debeis hospedaros en ninguna parte mas que en mi casa, y si así no lo hiciéreis, me haríais un agravio que no os perdonaría. Decidme en qué posada os habeis apeado para enviar á buscar vuestro equipaje. Ya vereis cuánto se alegra mi muger con vuestra venida; porque ella os conoce ya: le he hablado muchas veces de vos, y siempre que me oye contar mis peligros y vuestra generosidad para conmigo, exclama: «Virgen Santísima, no me concedereis jamás el que vea á ese generoso caballero?» Al fin se han cumplido sus deseos.

Y presentando la mano á Cornelia y el brazo á Torcuato, los condujo á un salon que comunicaba con el escritorio por una puertecita de madera ricamente cincelada.



—María, dijo á su muger, te presento al señor Torcuato de Ferrara.

María, que á la sazón se hallaba dulcemente entretenida en leer un libro devoto á sus seis hijos que la rodeaban, y que por su obesidad indicaba claramente estar en visperas de ser siete veces madre, se levantó al punto dirigiéndose hácia los dos extranjeros á quienes hizo una profunda reverencia.

—Caballero, dijo, hace mucho tiempo que deseaba tener el honor de recibiros en mi casa, y hoy me felicito con doble motivo por este favor que Dios me concede, porque no solamente os trae á mi casa, sino también á vuestra querida hermana; es imposible desconocer en sus facciones que os pertenece por los vínculos de la sangre; su semejanza con vos es estremada.

—Y pensais bien, señora, contestó Cornelia; soy hermana de Torcuato Tasso, y os doy las mas rendidas gracias por el afecto que le manifestais.

—Seriamos unos ingratos si obrásemos de otro modo; supongo que os habrá dicho mi marido que sois nuestros prisioneros y que pasareis una buena temporada en nuestra compañía, no es así? No, no consiento en que os marcheis; porque hace muchos años que os esperamos.

Y estrechaba las manos de Cornelia y obligaba á Torcuato á sentarse en uno de esos grandes sillones de tapicería, donde se encuentra uno tan voluptuosamente sentado, ó mas bien tan muellemente acostado.

Preciso fué rendirse y ceder á una hospitalidad apremiante y tierna. María envió á buscar á la posada de los Tres Reyes los equipages de los extranjeros, y ella misma instaló á sus huéspedes en las dos mas lindas habitaciones de la casa. En seguida confió sus huéspedes á su marido, y dió todas las órdenes necesarias para tratarlos dignamente y prepararles una cena que pudiese dar á los dos italianos una idea ventajosa del talento culinario de las flamencas. A pesar del estado avanzado de su embarazo, presidió á todos los preparativos de la cena, y ella misma puso manos á la obra, secundada por su hija mayor Blandina, que no porque tuviese solo siete años, dejó de confeccionar una excelente torta de leche, que mereció la aprobacion de su madre, que la miraba trabajar llena de gozo y aplaudía los esfuerzos coronados con tan feliz éxito.

Después de haber paseado maese Rubens á sus huéspedes por la ciudad, enseñándoles todo lo que encerraba de mas curioso, sin olvidar la catedral construida en forma de cruz, que tiene cuatrocientos pies de longitud por ciento ochenta de latitud y que sustentan cien columnas de cuarenta pies de circunferencia, los condujo por delante de la iglesia de San Gereon y San Cunibert, y llegó á su casa casi á tiempo de sentarse á la mesa para cenar. María los esperaba con la sonrisa en los labios y la jovialidad en su rostro.

Antes de principiar la cena, María llamó á todos sus hijos, los cuales se arrodillaron delante de su padre y le pidieron su bendicion. Maese Ians Rubens se quitó su gorra, extendió las manos sobre la frente de cada uno de sus hijos y pidió para ellos las bendiciones del cielo por medio de una plegaria corta y solemne. Después de lo cual fueron á abrazar á su madre, que se había arrodillado durante este piadoso acto de familia, y corrieron alegremente á acostarse bajo la direccion de una anciana aya.

Torcuato suspiró y dijo: «Sois muy feliz, maese Rubens.»

—Cuando querais, podeis gozar esta felicidad, replicó maese Rubens; para esto basta amar á una muger como la mia y casarse en seguida con ella.

Torcuato se sonrió con amargura y no contestó sino con un gesto, que revelaba las pocas esperanzas que tenia de gozar semejante dicha.

—Cuando se posee una hermana tan buena como la se-

ñora Cornelia, no hay necesidad de casarse, se apresuró á añadir María que comprendía que su marido acababa de despertar un dolor secreto en el corazón de su huésped.

—Yo creía que os hallabais en Amberes? preguntó Torcuato haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para sustraerse á un pensamiento funesto que le destrozaba el corazón. Cómo es que vivís en Colonia?

—Mi familia, replicó Rubens, es oriunda de Estiria provincia que, como sabeis, pertenece al Austria. Mi padre, Bartolomé Rubens, empleado al servicio de Carlos V, acompañó á este príncipe á Flandes cuando pasó á coronarse en Aix la Chapelle en 1520, después de haber presidido la Dieta de Worms y establecido su residencia en Bruselas. En esta ciudad fué donde Bartolomé vió á una joven, descendiente de una familia noble de Amberes; no tardó en amar á Bárbara Arens-Spirinck, se casó con ella y pidió al emperador permiso para dejar el destino que desempeñaba en la corte, á fin de ir á establecerse en Amberes con la familia de su muger. Un año después vine al mundo.

«Mi mismo padre se ocupó de dirigir mi educacion, y cuando cumplí veinte y cuatro años, me envié á acabar mis estudios á Italia, donde pasé seis años cursando en varias universidades, recibiendo en la de Roma la borla de doctor en derechos civil y canónico; en aquella época fué cuando recorri la Italia y al pasar por Ferrara debí la vida á vuestro valor. Volví á Amberes todavía convaleciente de mi herida, y mi padre después de haberme abrazado tiernamente, así como mi madre, me condujo el día mismo de mi llegada á casa de uno de sus amigos, M. Pypeling, en donde vi á una joven rubia, que me pareció encantadora.

—Qué tal te parece esa joven, Ians? me preguntó mi padre.

—Muy digna de ser amada, respondí sorprendido por esta pregunta.

—Pues bien! me contestó, ámala y procura hacerla amar de ella, pues su padre y yo deseamos veros unidos con los santos vínculos del matrimonio.

«La joven ruborizada y confusa fué á ocultarse detrás de su madre. Un año después se celebraba en la iglesia de San Jacobo mi matrimonio con la señorita María Pypeling.

«Casi en la misma época, debí á los sufragios de los principales vecinos de la ciudad, el honorífico empleo de consejero del senado de Amberes.

«Entre tanto principiaban á agitarse los Países Bajos con la heregia de los iconoclastas, que asolaban todo el país á sangre y fuego, siendo Amberes la primera victima de sus sediciones é iniquidades. Mi muger estaba en visperas de ser madre; mi escasa fortuna se hallaba espuesta á perecer en medio de las convulsiones y de las crueldades cometidas por aquellos foragidos, que robaban en nombre de la religion, y por tanto resolví abandonar á Amberes, que hacia seis años habitaba, é ir á buscar para mi familia y para mí una existencia tranquila en la ciudad de Colonia, lejos del cisma fatal, que armaba á los ciudadanos de Amberes unos contra otros. Cuando habe ejecutado este proyecto, á fin de restablecer un poco mi deteriorada fortuna, me establecí de cambista, permutando al efecto mi casa, que se hallaba cerca del matadero viejo de Amberes, por otra de la calle de la Estrella en Colonia. A Dios gracias, desde esta época, todo ha prosperado para mí, fortuna y familia; porque no solamente he hecho y hago lucrativos negocios, sino que también he llegado á ser padre de seis hijos, sin contar el séptimo que espero de un día á otro. Feliz al lado de mi muger, que educa á sus hijos como cristiana y segun el espíritu de nuestra santa religion, hace diez que que vivo aquí sin deseos, bendiciendo á cada hora del día á Dios por la existencia



tranquila que su misericordia se digna concederme. Tal es mi historia entera, caballero, y el motivo porque me hallais en Colonia cuando me suponais en Amberes.»

—Ay! dijo Torcuato Tasso, mi vida es muy diferente de la vuestra. Mientras que vos pasais en la calma y en la felicidad dias bonancibles y esentos de cuidados, yo me hallo acometido por todas las agitaciones de una existencia brillante en apariencia; pero en realidad maldita, llena de amargura y de desesperacion. Desde que estoy en el mundo no he gozado de paz ni de calma. Mi padre, Bernardo Tasso, huérfano al nacer, fué educado por un tío, obispo de Recanati, á quienes unos malvados asesinaron cuando su hijo adoptivo contaba apenas siete años; el pobre niño fué á estudiar en la universidad de Padua, donde vivió, por decirlo así, de la caridad pública; en seguida entró al servicio del conde Guido Rangone y despues al de la duquesa de Ferrara, reina de Francia; viajó con el principe de Salerno, y vuelto á Italia con un buen empleo, al servicio de Ferrando de San Severino, casó con una noble napolitana de quien estaba perdidamente enamorado, llamada Porcia de Rossi. Yo nací nueve meses despues, y mi hermana vió la luz al año siguiente. Pero ¡ay! pronto la desgracia y la pobreza cayeron sobre mi familia! El principe de Salerno se declaró contra Carlos V, fué vencido por este principe y mi padre arrastrado en la caída de su protector fué á morir en Ostillá, dejando apenas á mi madre y á mi hermana con que vivir honradamente. Yo habia seguido á mi padre en su destierro: él solo fué mi preceptor, y cuando acabó mi educacion, algun tiempo antes de su muerte, me colocó en casa de un célebre jurisconsulto de Padua para estudiar bajo su direccion el derecho. En vez de secundar las intenciones de mi padre, desde el momento que tuve la desgracia de perderlo dejé al jurisconsulto para componer un poema titulado *Reinaldo*. Este ensayo de un mero escolar obtuvo mucho éxito, demasiado éxito, por que decidí de mi vocacion y atrajo la fatalidad sobre mi existencia. Entonces medité escribir un poema épico, eligiendo para asunto la conquista del sepulcro de Jesucristo por los cruzados, y algunos fragmentos de *Godofredo* me valieron el honor de ser llamado á la corte de Ferrara por el duque Alfonso que queria encargarme la honrosa tarea de celebrar en mis versos la llegada de la archiduquesa Bárbara su desposada. Acudí lleno de orgullo y de alegría, siendo recibido por el principe de la manera mas agasajadora y benévola del mundo, y asistiendo á todas las magnificas fiestas con que se solemnizó tan fausto acontecimiento. Todos á porfia quisieron imitar al principe en la manera honrosa con que me trataba, mereciendo particularmente toda clase de distinciones á la duquesa Bárbara, al cardenal Este y á la princesa Leonor, su hermana.»

Al pronunciar Torcuato el nombre de Leonor se puso pálido, y una emoci6n profunda alteró su voz. Cornelia miró llena de inquietud á su hermano, pero pronto se repuso aquel y prosiguió diciendo:

«El cardenal de Este iba á partir para Francia y me propuso llevarme en su compañía. Yo acepté esta oferta con gratitud y alegría, y despues de haber abrazado tiernamente á mi madre y á mi hermana y erigido un modesto sepulcro á mi padre, sepulcro que pagaba empeñando á un usurero judío hasta los muebles de mi habitacion, seguí á mi protector á Francia, cuyo país me agradó poco, por que el carácter de los hombres cambia con el clima. Débiles, y pusilánimes en el Mediodía, son robustos, y belicosos en el Norte. Bajo una latitud media se halla generalmente esa feliz mezcla de prudencia y de fuerza, que produce las cualidades mas sólidas. Quizás á la inconstancia de sus estaciones deban los franceses la inestabilidad de su carácter, defecto que no les imputo si no con el testimonio de la historia. He notado que sus mugeres aventajan á las italianas en el brillo de la piel y en la fi-

nura de las facciones. Los hombres no son en ese país tan altos como en tiempo de César; pero son ordinariamente bien formados, si exceptuamos á los nobles, que tienen las piernas demasiado delgadas en proporci6n de sus cuerpos, lo cual puede ser efecto de la costumbre de no pasearse sino á caballo. Los campos valen mas que las ciudades que por lo general son mal construidas: en la mayor parte de las casas de maderano se vé ningun gusto de arquitectura; una escalera de caracol, solo buena para desvanecer la cabeza, conduce á las habitaciones tan sombrías como mal distribuidas. Lo único que hay verdaderamente admirable son las iglesias, cuyo número y magnificencia deponen en favor del antiguo espíritu religioso de estancion; pero respecto á la arquitectura pecan tambien estos edificios, pues parece que los que los han erigido han preferido la solidez á la elegancia: su forma es bárbara, y ningun objeto artístico llama la atencion del espectador, como no sean las vidrieras, notables por la belleza del dibujo y por la viveza del colorido. En esta parte los franceses ponen tanto cuidado en decorar el templo de Dios como los italianos en embellecer el vaso de un bebedor.

«Los nobles viven en sus tierras en medio de criados y colonos, y contrahen por este medio modales insolentes é imperiosos; toman poca parte en los progresos de las letras, sobre todo en el de las ciencias y dejan su cuidado á las clases inferiores. A este desprecio es menester atribuir la poca consideracion que se dá á la cualidad de sabio y la decadencia de los estudios filosóficos. (1)

«Fuí testigo de los horrores de san Barthelemy, y me apresuré á volver á Italia mas pobre que nunca y malquistado con el cardenal de Este.

«Primero me dirigí á Roma y despues á Ferrara, donde el duque Alfonso me recibió con una amabilidad casi fraternal. Volví á ver á su muger y á su hermana, y á su lado pasé los únicos años de felicidad que he tenido en mi vida. La duquesa Bárbara y su cuñada Leonor gustaban mucho de oír mis versos, así es que pasaba yo las noches componiendo los que debia recitarles al siguiente dia. De este modo pude adelantar en mi obra de *Godofredo* hasta que llegó á ser la *Jerusalén* bertada; de este modo escribí tambien el *Aminta* que mereció los honores de representarse delante de la corte. La duquesa de Urbino escribió al duque Alfonso suplicándole que le enviase á su presencia al autor y á la obra... En medio, pues, de estos triunfos, embargado de mi poema y de una idea mas poderosa todavia, terminé la *Jerusalén*, que fué dada á luz.

«Si, interrumpió Cornelia, y toda la Italia se conmovió con esta publicacion. Cada uno repetia con admiracion el nombre de Torcuato Tasso, y el mismo pueblo aprendió sus versos, y los gondoleros los cantaron y aun los cantan bogando.

«Qué importa esa gloria? que importan esos triunfos? replicó el Tasso con amargura. Qué me han valido? desgracias, vergüenza! Creí que el mas grande poeta de su siglo podia amar á los pies del trono de un pequeño soberano de Italia... Oh! desgracia!... desgracia!...

«Hermano mío, hermano mío, silencio por Dios! silencio, exclamó Cornelia arrojándose en los brazos de Torcuato y procurando cerrarle la boca.

«Nada temas, no diré mi secreto, hermana mia, morirá aquí.... Déjame contarles solamente que sepultaron al Tasso en una prisi6n, sí, en una prisi6n, donde por mucho tiempo estuve privado de ver el azul de los cielos y la luz del sol. Una noche rompí los hierros de mi calabozo, con una fuerza que Dios me envió sin duda en un momento de misericordia y de piedad, y me hallé al pie de mi encierro, medio desnudo, con los pies y las manos en-

(1) Todo este singular juicio de la Francia, está traducido literalmente de las cartas de Torcuato Tasso.



sangrientadas. Sin dinero, sin recursos, sin guía anduve errante, muerto de hambre y de frío por las montañas, y llegué disfrazado de pastor, á casa de mi hermana, de mi querida Cornelia. Este ángel de bondad y de ternura no vaciló en seguirme á Francia, donde esperaba yo sustraerme á mis perseguidores. Ay! pronto conocí que este país no me ofrecía mucha seguridad y resolví pasar á los Países Bajos.... Y héme aquí ya á vuestro lado, sentado á vuestra mesa, enfermo y loco tal vez.... Si, loco! Hay momentos en que dudo de mi razón; horas en que me pregunto con angustia si se ha extinguido en mí la divina llama del pensamiento. Loco! loco! el Tasso!.. Oh Dios mío! compadecéos de mí, porque valdría mas morir cien veces que soportar tan abominable idea!

Así espresó el Tasso el dolor que tan tristes recuerdos le causaban y ocultó entre ambas manos su abrasada frente y sus ojos llenos de lágrimas.

—Cornelia, inquieta, agitada, pálida como María á los pies de la cruz, parecía temer alguna gran crisis para su enfermo y le invitó dulcemente á retirarse á tomar algun descanso.

—El viaje nos ha fatigado mucho, hermano mío; maese Ians Rubens nos permitirá que nos retiremos á descansar.

Torcuato levantó la cabeza y miró á su hermana con aire distraído. En seguida como un niño que cede á su madre, se dejó guiar, mientras que sus huéspedes quedaban consternados y llenos de aflicción.

—Pobre joven! murmuró María cuando se alejaron los dos hermanos.

—He ahí lo que ha llegado á ser el ingenio mas grande del siglo! he ahí los dolores y los tormentos que cuesta la gloria! Bendita sea nuestra oscuridad, María! Pidamos á Dios por nuestros hijos, pidámosle que no atraiga sobre su cabeza tan fatal corona.

—Amen! contestó María.

Y como se hallaba muy cansada por las faenas á que se le habia entregado aquel día para festejar la llegada de sus huéspedes, y afectada además por la triste escena de que acababa de ser testigo, se retiró á su cuarto despues de haberla abrazado tiernamente su marido.

## CAPITULO II.

### El don de la Madona.

Lejos de calmarse la agitacion de Torcuato, cuando se retiró solo con su hermana á la habitacion que se les habia preparado, no hizo mas que aumentarse y tomar un carácter mas deplorable de demencia. Al principio se dejó conducir por Cornelia, se sentó silencioso y la permitió que lo desnudase, pero en el momento en que aquella esperaba verle dormirse tranquilamente y olvidar en el reposo y el sueño sus tristes pensamientos, se levantó de repente, pareció escuchar con una atencion misteriosa un ruido ligero, lanzóse de su lecho y fué á arrodillarse delante del oratorio que era costumbre entonces en Flandes tener en los dormitorios. Allí, sacó de su seno una pequeña medalla de plata con la efígie de la Virgen que tenía colgada al cuello con una cadena del mismo metal, y oró delante de ella con las mas ostensibles muestras de fervorosa devocion y respeto, contestando por monosílabos como si alguno le hubiese dirigido la palabra.

—Gracias, dijo en seguida, gracias, madre santa de Jesus; gracias por vuestra divina caridad, que os hace descender del cielo para venir á consolar á un desgraciado sin esperanza en la tierra! Oh! si, sufro mucho!... Leonor!... Hace poco que me amaba; lloraba cuando le recitaba mis versos, ruborizábase y me alargaba furtivamente la mano cuando entre esos versos se hallaban palabras de amor. Ahora se rie de este amor

con su hermano, porque ama á otro! Y me han despedido! á mí, á Torcuato Tasso! A mí, á quien vuestros ángeles han venido á enseñar los himnos que cantan en el cielo en vuestra presencia!

En seguida se puso á escuchar durante breve espacio, y las lágrimas corrian de sus ojos por sus megillas abrasadas.

—A Italia! replicó, á Italia! O madre del Salvador, por la pasion de vuestro divino hijo, muerto en la cruz, no me mandeis que marche á Italia, porque volverla á ver, sería morir! No lo consintais! madre mia, no lo consintais!

Y permaneció quieto y silencioso durante algunos momentos. De repente lanzó un grito de alegría y se levantó agitando las manos con transporte.

—Decís que me ama? que no me ha engañado? Conque no es cierto todo lo que me han contado de su perjurio y traicion? Vuestros labios immaculados me lo aseguran... Ea! ea! es preciso volver á Italia, á Ferrara, al instante, ahora mismo.... Ya veo al Metauro, salud, ó Metauro! salud, débil hijo del Apenino, mas ilustre por tu nombre que por tus aguas! Viajador vagabundo, voy, voy á buscar en tus márgenes mi seguridad y mi reposo! Dignese la robusta y altiva encina que fecundas y que desplega á larga distancia sus ramas, cubrirme con su sombra hospitalaria y ocultarme á las miradas enemigas de la terrible divinidad que me persigue... (1) Pero qué importa esa divinidad cruel, cuando María, la madre del Salvador, vela por mí, puesto que me lleva al lado de Leonor... Leonor es mia, Leonor es de Torcuato. Mirad, mirad el anillo que brillaba en vuestro dedo, y que desprendí de él un día que me dejásteis llevar vuestra mano á mis labios. Leonor, venid conmigo bajo las sombras de vuestros jardines, para recitaros como en otro tiempo mis versos escritos para vos, y todos llenos de mi pasion. Escuchad:

Y cogiendo la mano de la pobre Cornelia que lloraba, se puso á recitar el episodio de Sophonisba, como si la princesa de Ferrara hubiera estado allí á su lado... Al llegar al final, se interrumpió, lanzó un profundo grito, y buscó su espada en su cinturón.

—No saldré, dijo. Soy hidalgo y el primero que venga á ejecutar las órdenes de su señor recibirá la muerte de mi mano. Porque es menester que tengais entendido que me estimo en mas que él! Si él es el principe de Ferrara, yo soy el poeta de la *Jerusalén libertada*.

Al pronunciar estas palabras cambió repentinamente de carácter su delirio. Se golpeó el pecho, recitó el *Confiteor* sollozando y se puso á hablar de remordimientos....

—Sí, estoy condenado! si, soy un ateo, indigno de la proteccion divina. Piedad! piedad! salvadme del infierno! oh! salvadme de estos demonios horribles!

En tanto que permanecía en este estado de agitacion echado hacia atrás, con la frente bañada de sudor, los ojos espantados y la boca abrasada, Cornelia aprovechó este momento para aplicar á sus labios un brebaje que acababa de preparar. Torcuato bebió ávidamente el licor, y poco á poco sucedió á su agitacion un aletargamiento que pronto se convirtió en profundo sueño. La joven enjugó la frente de Torcuato, lo colocó cómodamente en su cama y no se separó de él hasta verlo completamente dormido. Entonces dirigió una corta plegaria á la Virgen, arrodillada delante del oratorio y se echó vestida sobre su lecho, en la pieza inmediata, de modo que pudiera ponerse en pie al menor movimiento de su hermano.

Dios debió compadecerse sin duda de los dolores del pobre poeta, porque descansó toda la noche sumergido en un sueño profundo y dulce. Cuando despertó no le quedaba ningun recuerdo de su delirio y de sus agitacione:

(1) Oda al Metauro



de la víspera; experimentando solamente ese mal estar que sigue siempre á las crisis nerviosas. Se levantó, asomóse á la ventana, contempló con serenidad los esplendores del sol naciente, y con la sonrisa en los labios y casi alegre el semblante pasó á la alcoba de su hermana; pero al verla sobre la cama vestida, frunció el ceño y la tristeza volvió á aparecer en su rostro.

—No hay duda! ese mal terrible ha vuelto á apoderarse de mí! exclamó con la mayor amargura. O Dios mío, concédeme la muerte, que es preferible á tales tormentos, á esta vergüenza! el Tasso está loco!

La voz de su hermano despertó á Cornelia. Con una simple ojeada comprendió los pensamientos que preocupaban al infortunado.

—Cosa mas rara! exclamó con fingida sorpresa, me he quedado dormida sin desnudarme! Nuestros paseos por la ciudad de Colonia me habian fatigado tanto, que caí en la cama como una piedra sin acordarme de nada! Y tú, hermano, has dormido bien?

Y avanzó hacia su hermano aparentando tanta calma que casi se desvanecieron los temores de Torcuato ante la sonrisa santamente engañosa de este ángel.

—Conque no he estado malo, Cornelia? preguntó.

—Enfermo? Hemos dormido demasiado bien los dos para tener ningun cuidado sobre este particular, replicó sonriendo. En vez de entregarte á tan insensatos pensamientos, hermano, ven á respirar el aire fresco y puro de la mañana. Mira, poeta mío, mira esa púrpura y ese oro que brillan en el cielo!

Diciendo así lo condujo dulcemente cerca de la ventana, pasó su brazo al rededor del cuello de Torcuato, y lo distrajo hablándole de cosas risueñas y apacibles, que acabaron por aquietar la imaginación del pobre loco.

—Pero calla! exclamó de repente, oigo la voz de nuestros huéspedes. Acaban de dar las siete de la mañana en la catedral, y me parece que es hora de ir á saludar á nuestros amables protectores, que ya deben haberse levantado. Vamos, hermano.

Ambos bajaron al salón donde habian cenado la víspera, y se detuvieron en el umbral, admirados y encantados del espectáculo que se presentó á sus ojos. La hija mayor de Rubens, la linda Blandina, sentada con aire grave y maternal al lado de una cuna, la mecía suavemente con su mano pequeñita y cantaba una antigua balada flamenca, no sin interrumpirse á cada copla para ver si obraba el encanto; y si el niño cuyo débil vagido se oía, principiaba á dormirse. En seguida levantó cuidadosamente la gasa que cubría la cuna, dió un ósculo en la frente al niño y continuó cantando.

Al terminar la estrofa, vió á los estrangeros, y afectando cierto aire de importancia, les hizo señas de que avansasen con precaución para no despertar al niño.

—Chit! dijo muy quedo, y poniendo su dedo blanco sobre sus labios sonrosados, chit! mi hermanito esta durmiendo.

—Vuestro hermanito? Blandina.

—Si, es un hermanito que Dios nos ha enviado esta noche, porque hemos sido buenos. Mirad cuantos confites nos ha traído del paraíso y que caen de su oído para que le amemos mucho. Así es que no quiero separarme de él; le mezcó para dormirlo, y de cuando en cuando miro por si vuelve á caer de su oído otro cucurucho de anises. Pero chit! oigo su voz, voy á dormirlo. Y se puso á cantar otra balada todavía popular hoy en Flandes.

Torcuato escuchaba con emoción estos cantos populares, que tradujo á su hermana en la lengua dulce y armoniosa de la Italia.

—Estas son, dijo, las obras de poetas desconocidos, y estas obras maestras se perpetuarán de generación en generación. ¿Me sucederá á mí lo mismo, y dentro de

dos siglos se recitarán mis versos, como los niños cantan aquí estas baladas?

—Hermano mío! porque te atormentas así? Por ventura no es ya inmortal tu gloria? La Italia, la Europa, el mundo entero no la proclaman con entusiasmo?

—Si, pero se hallaba conmigo en las prisiones de Ferrara un pobre loco que se creía Dios. Sus compañeros no se llegaban á él sino con demostraciones y plegarias irrisorias que él recibía como si hubiera sido el criador del universo... Quién me dice que no soy yo ese loco?

Una voz alegre interrumpió estos pensamientos melancólicos; era maese Ians Rubens que venía á recibir las felicitaciones de sus huéspedes por su recién nacido. Lo cogió de la cuna, lo presentó al Tasso y á la signora Cornelia, y le besó en sus dos pequeñas mejillas.

—Mirad, dijo, que hermoso es, que robusto! Su madre lo ha dado á luz casi sin dolores. Queremos que vos y la signora Cornelia sean sus padrinos; si, porque queremos que tenga la felicidad de ser ahijado del mas grande de los poetas católicos.

Torcuato tomó al niño en sus brazos y lo miró con enternecimiento:

—No, dijo, no, querido niño, no quiero contagiarte con la fatalidad que me persigue! No, no pediré á Dios para tí los dones funestos del genio y del arte! Ya que has recibido el triste privilegio de la existencia, protege la obscuridad tu vida entera! No devoren tu corazón los deseos desenfrenados de una felicidad imposible! No sigas á ese vano fantasma que se llama gloria. Semejante á esas nubes de oro y púrpura que coronan la cumbre de las montañas, cuando llega uno hasta ella á costa de mil fatigas y con peligro de su vida, no halla en su lugar mas que un vapor infecto y que desaparece. Niño, permanece desconocido y feliz! Esto es lo que Torcuato Tasso pide á Dios para el hijo de su huésped.

Al pronunciar estas palabras volvió á colocar al recién nacido en la cuna y alargó la mano á Ians Rubens:

—Amigo mío, le dijo, recibid nuestros adioses, es menester que parta para Italia: una voz secreta, imperiosa, irresistible me llama á ella. Guardad como recuerdo de vuestro desgraciado amigo esta cadena de oro y esta madona de plata, que entregareis en mi nombre á vuestro hijo cuando pueda pronunciarlo. Esta madona, obra de un artista de Roma que la leyenda cuenta entre sus santos, es la única herencia que me ha trasmitido mi padre, porque se venera con justa razón como una preciosa y santa reliquia!... Adios, bendecid al Todopoderoso porque os ha concedido una vida pacífica, y si vuestro hijo aspirase algun día á una existencia brillante, decidle que habeis oído al Tasso maldecir su gloria... Vamos, querida Cornelia, pobre ángel adherido á los pasos de Ashvero para consolarle y sostenerle en su marcha sin descanso y sin objeto, ven, tú á quien no cansan ni la amargura de mis quejas ni la injusticia de mi egoísmo! Tú, que sin desanimarte, procuras siempre consolarme como si fuese consolable, ven! Tu misión no ha concluido todavía, ni acabará hasta el día en que mi cabeza abrasada cese de pensar, hasta el día en que tus piadosas manos me envuelvan en el sudario de la muerte. Cuando llegue ese día, Cornelia, no llores por mí; canta por el contrario con tu voz pura y celeste el himno de alegría y de agradecimiento; canta *Te Deum laudamus*, porque por la vez primera sabré lo que quiere decir esta palabra irónica: descanso.

Ians Rubens siguió algunos instantes con la vista á sus huéspedes que se alejaban, y en seguida se fue á sentar á la cabecera de la cama de Maria que estaba durmiendo:

—Dios mío! exclamó, os doy infinitas gracias por las mercedes con que me colmais: vos me habeis dado una mujer pura y santa, hijos que vivirán segun vuestro espiri-



tu. Bendito seas eternamente, porque desde que el Tasso ha pasado por esta morada, conozco mejor vuestra infinita misericordia para conmigo, pobre é indigna criatura!

En este momento despertándose María, vió á su marido con faz risueña y le dijo:

—¡ans, tráeme á mi hijo.

Rubens se apresuró á acceder á los deseos de su esposa, y luego que esta hubo besado la frente de su hijo y alimentándolo á sus pechos, dijo: «Qué nombre le pondremos?

—Hoy es la fiesta de San Pedro y San Pablo, contestó Rubens, pongámoslo bajo la invocacion de estos dos Santos.

—Tienes razon, esposo mio; nuestro hijo se llamará Pedro Pablo Rubens.

### CAPITULO III.

#### La Muerte.

La vida doméstica en Flandes es una serie casi no interrumpida de fiestas sencillas que le prestan mucho interés, pues la adornan como las flores salvages adornan un humilde rincon de tierra separada del camino, que jamás el cultivo ha profanado y que raras veces encuentran las miradas de los hombres. Cada uno de los grandes acontecimientos de esta dulce vida tienen no solamente su celebracion solemne, sino tambien su aniversario: cada año reunidos al rededor de la mesa patriarcal saborean todos los individuos de una de esas venturosas familias, una botella de vino añejo despues de haber comido alguna torta hecha por las manos de la dueña de la casa, y esta comida se prolonga no sin evocar dulces y alegres memorias. Si solamente el recuerdo tiene semejantes fiestas, juzgad del brillo conque se celebran los raros acaecimientos que cambian completamente una de las faces de esta vida: unas bodas ó un bautizo que aumentando la familia, aumentan tambien el amor y el cariño reciproco de sus individuos. Asi es que apenas se halló restablecida María Rubens y asistió á la misa de parida que se celebró con gran pompa en la iglesia de San Pedro y San Pablo, se ocupó seriamente de los preparativos del bautismo, en los que se emplearon mas de ocho dias, porque el padrino del recién nacido era nada menos que el príncipe de Chimay, y la madrina la muy alta y muy poderosa señora la condesa de Lalaing.

Cuando llegó el día glorioso, la señora Rubens, mientras conducian con gran pompa al recién nacido á la iglesia, se quedó en casa cuidando de los preparativos del banquete y no sin recitar mas de una oracion por el querido niño, sobre cuya frente se derramaba el agua regeneradora que purifica el alma y que borra el sello fatal y reprobador del pecado original. Permanecia aun arrodillada á los pies de la madona, ante la cual habia orado el Tasso en aquella noche de delirio insensato que habia pasado bajo el techo hospitalario de la familia flamenca, cuando oyó el ruido de los coches que volaban. Levantóse al punto y corrió al encuentro de la comitiva. La condesa de Lalaing bajó la primera; era esta una de las mas nobles, ricas, y hermosas damas de todos los Países Bajos. Dirigióse á María, la abrazó afectuosamente y tomó al recién nacido de brazos de la matrona que, segun la costumbre del país, habia llevado el niño á la iglesia.

—Amiga mia, dijo la condesa de Lalaing á la esposa de Rubens, en adelante seremos las dos madres de este niño. Uniremos, pues, nuestros corazones y nuestras plegarias por él, y si alguna de nosotras llega á faltarle, la otra procurará velar mas tiernamente por él, á fin de que viva en la tierra como verdadero cristiano, y sea feliz en este mundo y en el otro.

María quiso hablar, pero la emoeion le embargó la

voz, y no pudo responder sino derramando lágrimas y besando la mano de la condesa. Pasaron en seguida á la sala del banquete, donde la bendicion de la mesa fué hecha por el señor don Francisco de Belderos, cura de la iglesia de San Pedro y San Pablo, que no habia querido confiar á ninguno de sus vicarios el cuidado de bautizar al hijo de uno de sus mas ricos feligreses, sobre todo cuando el padrino y la madrina eran los principales señores del país. La fiesta se prolongó hasta las siete de la noche, á cuya hora se retiraron los convidados, no sin dejar á la dueña de la casa ocho dias por lo menos de trabajo para ponerlo todo en orden.

Ningun incidente notable ocurrió en los cuatro primeros años del niño Pedro Pablo Rubens, que educado al lado de su madre, en medio de sus hermanos y hermanas era amado y mimado de todos. Sin embargo María velaba asiduamente sobre él y procuraba dar una direccion cristiana á su carácter naciente, el cual dejaba entrever una naturaleza impetuosa. Por lo demas el niño Pedro Pablo era de una hermosura notable. Sus grandes ojos llenos de expresion, la blancura y brillo de su tez y la jovialidad de su carácter le granjeaban la estimacion de todos. Cada vez que su madrina venia á verle, se envenecia y alegraba por tener tal ahijado. Un día de estos al verla venir Pedro Pablo corrió á recibirla, escapándose de las manos de su madre que quiso sujetarlo; pero al llegar al umbral de la puerta perdió el equilibrio y fué á dar con la cabeza en el ángulo de la puerta cayendo al suelo todo ensangrentado. Las dos mugeres desaladas y fuera de sí lo levantaron, si bien inmóvil y sin conocimiento. Al punto se mandó llamar á un cirujano que vivia en la vecindad y el cual no tardó en venir: inmediatamente se puso á examinar la herida, mientras la condesa de Lalaing y sobre todo María con los ojos fijos en el cirujano, seguan con ansiedad sus menores movimientos y esperaban, como una sentencia de vida ó muerte, las primeras palabras que pronunciase. El facultativo limpió la frente del pobre niño herido, la bañó con agua fresca y sondeó la herida. En seguida dirigió á la pobre madre una mirada tan triste, que esta lanzó un grito y cayó desmayada. En efecto, el cirujano desesperaba volver el niño á la vida, ni aun por breves instantes. Rodearon todos á María, prodigándole toda clase de socorros, y al fin abrió los ojos, si bien para entregarse á la mas dolorosa desesperacion.

—Hijo mio! exclamaba, hijo mio! No quiero que muera! no quiero separarme de mi último hijo. Hijo mio! hijo mio! devolvedme á mi hijo.

Quisieron alejarla del cadáver, pero resistió á las súplicas de la condesa de Lalaing y á las órdenes de su marido, se escapó de entre sus manos, se asió del cuerpo inmóvil y helado de su hijo, y lo contempló durante largo rato con una sangre fria desesperada, con los ojos enjutos y la voz ronca. Levantó sus bracitos que volvieron á caer como una flor marchita cuyo tallo quisieramos enderezar; apartó de su frente sus cabellos ensangrentados, y aplicó sus áridos labios en los labios frios de su hijo como para sorprender en ellos algunos restos de vida ¡Nada! La muerte! la muerte en toda su horrorosa realidad! Hubo un momento en que levantó la cabeza con furor y estuvo á punto de blasfemar contra Dios; pero desechó tan terrible y loco pensamiento, y para que el demonio cesase de soplarle con su maldito aliento, se armó del signo de la cruz. Sin duda un ángel se compadeció entonces de ella y bajó de los cielos para inspirarle un pensamiento de salvacion, porque repentinamente fué á depositar al niño Pedro Pablo Rubens á los pies de la madona de Torcuato.

—Madre de Dios! exclamó, vos, cuyo corazon traspasaron siete espadas de dolor cuando seguiais á vuestro hijo al Calvario, vos, que no pudisteis soportar el terrible golpe de su muerte, aunque sabiais su próxima



resurreccion, y caisteis sin conocimiento al pié de la cruz. Virgen santísima de los Siete dolores, amparadme, no me abandonéis, compadeceos de mí! Yo os prometo consagrar á vuestro culto á mi hijo. Llevará vestidos blancos hasta que cumpla siete años; todos los dias á esta hora oirá con un cirio en la mano una misa rezada en vuestra capilla de la iglesia de San Pedro y San Pablo. Y yo, madre de Dios, rezaré siete *Ave Marias* todos los dias de mi vida; Volvedme mi hijo! volvedme mi hijo!

De nuevo quisieron separarla del cadáver de su hijo.

—No, exclamó, no! La Virgen Santísima me ha oído! Siento latir bajo mi mano el corazón de mi hijo. Mirad, sus ojos se abren, sus brazos se agitan, pronuncia mi nombre; Oh! bendita sea por siempre la divina madre de Dios que se ha compadecido de mis dolores y desesperacion.

No era ilusion, el niño ya respiraba no sin asombro del cirujano que vendó su herida; trasladaron la cuna del niño al lado de la cama de su madre, y esta pasó once noches velando sin un minuto de descanso, á su querido hijo, á quien un milagro parecia haber resucitado. La convalescencia de Pedro Pablo, dudosa y lenta al principio, no tardó en caracterizarse y hacer rápidos progresos, de modo que un mes despues del accidente lo vistió su madre de blanco, ciñó su frente con una corona de rosas igualmente blancas, y se dirigió solemnemente á la iglesia, acompañada de sus demas hijos, llevando tolos un cirio en la mano. Los criados de la casa, maese Rubens y la condesa de Lalaing se juntaron al piadoso cortejo, arrodilláronse todos delante de la capilla de la Virgen, y unieron su voz á la del sacerdote que cantó el *Te Deum*. Terminada que fué la ceremonia y cuando iba á separarse la comitiva, el niño, por propia inspiracion, se arrodilló delante del altar y recitó con voz muy clara y sonora la oracion del *Ave Maria*, que tantas veces habia oído rezar á su madre durante su enfermedad. Todos le escucharon enternecidos, y hasta el mismo sacerdote con las manos juntas le contemplaba con emocion. Cuando llegó al *Amen* se levantó gravemente, se asió de la mano de su madre y salió con ella de la iglesia pensativo y sin reparar en los que le rodeaban y hasta que no entró en su casa no abrazó á su padre y á su querida madrina.

La esposa de Rubens cumplió religiosamente el voto que habia hecho delante de la madona de Torcuato, y hasta que Pedro Pablo llegó á la edad de siete años, no cambió sus vestidos blancos por otros de color mas en armonia con sus costumbres é inclinaciones. Por lo demas ya en esta época, gracias á los desvelos de su padre por su educacion, estaba mucho mas instruido de lo que generalmente están los niños en esta edad. Ians Rubens habia dado á su hijo un preceptor francés y él mismo no le hablaba jamás sino en latin, de manera que habia aprendido sin trabajo y por decirlo así sin apercibirse de ello siquiera, las lenguas flamenca, francesa y latina. Su madre le habia regalado un laud que tocaba maravillosamente, y gracias á un caballito escocés, regalo de la condesa de Lalaing, cabalgaba al lado de su padre, como el mejor ginete del mundo, y cuando paseaba orgullosamente por las calles haciendo caracolear con suma destreza á su gallarda cabalgadura, parábase todo el mundo á contemplar y admirar su gentil continente y la maestria con que refrenaba y dirigia al bizarro bruto.

No necesito deciros que maese Rubens y su esposa hablaban continuamente del porvenir de este niño tan amado y de la carrera á que habian de destinarlo. Muchas veces habia suplicado la condesa que se lo confiasen para que le sirviera de page, prometiendo valerse del crédito que gozaba en la corte para conseguirle una compañía cuando estubiese en edad y cuidar porque obtuviese rá-

pidos ascensos; empero los peligros de la guerra intimidaban á Maria, y su marido sabia cuán difícil era vivir segun el espíritu de Dios en esta carrera belicosa, así es que resistieron estas ofertas seductoras y resolvieron dedicar á Pedro Pablo al estudio de las leyes y destinarlo á la toga. El niño entró en un colegio de humanidades, donde pronto se distinguió entre los mas aplicados, en términos que á la edad de diez años traducia perfectamente á los autores griegos. «De modo, dice uno de sus biógrafos, que era señalado en el colegio como «una maravilla, y nadie se cansaba de oírle traducir de «corrida así los hermosos versos de Homero, como las «arengas de Demóstenes, apesar de no ser mas alto que la «pierna, sobresaliendo ademas en jugar al trompo, y dar «en caso de necesidad una bofetada bien plantada á «cualquiera que tratase de contrariarle.»

No era maese Rubens el que menos se alegraba y envenecía con los triunfos de su hijo, pues no tenia mayor placer que encerrarse con él en su gabinete los domingos y demas dias festivos. Allí sentaba al imberbe doctor sobre sus rodillas, ponía sobre la mesa un libro y le oía leer con su hermosa voz clara, de una manera que probaba que comprendia la lectura. Lo que sobre todo prefería el niño era Plutarco y Homero, porque le entusiasmaban las batallas y los héroes, tanto que un dia le dijo su padre:

—Pedro Pablo, aqui tienes un libro lleno de narraciones maravillosas y que te distraerán mas que cuantas hasta ahora has leído; ya has estudiado á Homero desde el principio hasta el fin, y solo te falta repasar el Plutarco. Este libro está escrito en un idioma que tu no sabes todavia, pero que puedes aprender facilmente, gracias al perfecto conocimiento que tienes del latin. El libro que te ofrezco se llama la *Jerusalén libertada*, y es un regalo que me envió de Italia hace siete u ocho años el signor Torcuato Tasso, el mismo que ha dado á tu madre la imagen de nuestra señora de los Siete dolores, ante la cual oró é hizo un voto, cuando creía que estabas muerto. ¿No quieres aprender esta lengua para leer tan hermoso libro?

El niño solamente contestó abrazando á su padre y tomando el poema.

Tres meses despues llegó la fiesta aniversario del nacimiento de maese Ians Rubens que cumplia 57 años, y para obsequiarle como es costumbre en semejantes dias entre las familias, sus hijos le presentaron sus respectivos regalos preparados de antemano y á hurtadillas. Clara y Blandina le dieron, la primera una capa bordada, y la segunda un par de guantes de búfalo cortados y cosidos con tal perfeccion que podian causar envidia al mejor guantero de la ciudad. Felipe le presentó una tesis que acababa de sostener con brillante éxito en la universidad de Lovaina: Juan Bautista un estuche obra de sus manos: Enrique un bonito dibujo, y Bartolomé una plana orlada con mil adornos y rasgos de pluma hechos á pulso, y que se hubiera alegrado hacer el mas hábil pendolista del mundo. Cuando le tocó su vez á Pedro Pablo presentó á su padre el tomo de la *Jerusalén libertada*, y le preguntó con el aire grave de un doctor que sube á la cátedra:

—¿Que canto quereis que os traduzca?

Maese Rubens abrió el libro al azar, y el niño sin vacilar, tradujo desde el principio hasta el fin, y con la misma facilidad con que hubiera leído un trozo escrito en lengua flamenca, todo el episodio del *Bosque encantado*.

Su padre, fuera de sí de alegría y entusiasmado, lo cogió en sus brazos y lo estrechó contra su corazón arrasados los ojos de lágrimas.

—Oh! murmuró, tú serás la gloria y el esplendor de nuestra familia.

En seguida como el niño permaneciese de pié inmóvil,



con aire misterioso y el volumen de la *Jerusalén* en la mano; que aguardas, le dijo su padre, que no vas á jugar con tus hermanos?

Por toda respuesta colocó Pedro en las rodillas de su padre el libro y le enseñó al frente de cada uno de los cantos un dibujo que representaba una de las acciones principales del poema. Indudablemente habia falta de correccion en esta obra de un niño de diez años; pero era imposible desconocer en ella genio, inteligencia, atrevimiento y el sello victorioso de la vocacion artistica. A la vista de esta revelacion del genio, Rubens se acordó de Torcuato Tasso que maldecia su gloria y temiendo para su hijo un destino tan fatal, resolvió romperlo desde su principio, y sonriéndose desdeñosamente le dijo:

—Me has echado á perder mi hermoso libro con tus mamarrachos. Ve á jugar y no vuelvas á entretener te con semejantes puerilidades.

El niño se separó mohino y cabizbajo; maese Rubens despues de haber examinado nuevamente los admirables bocetos, colocó el libro en un armario que cerró con llave; y se fué á reunir con su familia, mientras que retirado en un rincon lloraba Pedro Pablo amargamente.

Cerca de un año habia transcurrido desde los acontecimientos de familia que acabamos de referir; eran los últimos dias de febrero, época de lluvias y de tristeza en Colonia mas que en ninguna otra parte del mundo. Una noche platicaba dulcemente maese Rubens al lado del hogar con su esposa, y se regocijaba con la felicidad que poseia y los largos años de vida que todavia le prometia, para velar sobre el porvenir de sus hijos, una salud robusta y floreciente, cuando de pronto oyó en la calle un terrible lamento y los gritos ¡socorro! ¡socorro! Levantóse bruscamente para ir á socorrer al que sin duda acometian algunos asesinos, pero en la precipitacion de su movimiento generoso, tropezó con la cornisa de la chimenea, abriéndose la frente y cayendo ensangrentado á los pies de su esposa, que aunque asustada con tan inesperado incidente, en vez de entregarse á las lágrimas y á los lamentos, supo dominar su dolor, levantó á su marido con una energia sobrenatural, lo sentó en un sillal y corrió á dar órden para que llamasen á un médico é impedir que entrasen sus hijos. Llegó el facultativo y declaró la necesidad de sangrar inmediatamente al herido, cuya operacion verificó al punto él mismo, logrando que volviese en sí maese Rubens, que valiéndose de un pretexto para alejar á su muger, dijo al médico cuando quedó solo con él: «Hace muchos años, señor doctor, que sois para mi familia y para mí un amigo, pero hoy mas que nunca exijo de vos nuevas pruebas de esta amistad. Quiero que me digais francamente lo que opinais de mi herida y de mi estado: reflexionad que tengo grandes deberes que cumplir como padre y como cristiano. Creéis segura mi curacion, ó es infalible mi muerte?

El médico bajó tristemente la cabeza.

—Comprendo vuestra respuesta y os doy gracias por vuestra franqueza. Cuanto tiempo me queda para encomendar mi alma á Dios y arreglar mis asuntos terrestres?

—Es un milagro que no hayais sucumbido todavia, contestó el médico.

Maese Ians llamó á su muger.

—Querida Maria, le dijo, si fueras una muger débil y sin fé en Dios, vacilaria en manifestarte que debe verificarse pronto nuestra separacion en este mundo, para comparecer ante mi soberano juez; pero debo aprovechar los menores instantes para llenar deberes, sin cuyo cumplimiento me seria muy amarga la muerte. Envia á buscar al señor dean, ruegale que venga á auxiliarme en mis últimos momentos, y escucha bien las instrucciones que voy á darte para el porvenir de nues-

tros hijos. Iniciada en mis pensamientos mas secretos y en todos mis proyectos, pocas cosas tengo que decirte.

Maria, pálida como un difunto, habia oído las fatales palabras de su marido sin mas señales de emocion que esta misma palidez: sentada á la cabecera del moribundo y estrechando una de sus heladas manos entre las suyas recogió silenciosamente todo lo que dijo con voz débil, pero clara y segura. Despues de haber reasumido los designios que ellos habian formado para el porvenir de sus siete hijos, despues de haberle manifestado claramente todo lo que tenia que hacer para realizar la fortuna que dejaba, y el destino que habia de darle para asegurar en lo posible su subsistencia y la de sus hijos, le aconsejó que dejase á Colonia y volviese á Amberes.

—Gracias á Dios, añadió, los desagradables disturbios suscitados entre los hugonotes y los católicos, están á punto de calmarse completamente, y ningun peligro real existe para los que han permanecido fieles á la fé de sus padres; alli te hallarás en medio de tu familia, mientras que en Colonia no cuentas mas que amigos, y creo inútil decirte que los vínculos de la sangre tienen mucha mas solidez que los que nacen de meras relaciones, por intimas que sean.

Al terminar estas palabras entró el dean de San Pedro y San Pablo, que al ver á Ians en tan triste estado no pudo reprimir una lágrima, y necesitó algunos instantes para reponerse antes de llenar sus deberes para con el moribundo. Pagado este débil tributo á la naturaleza, volvió á tomar el carácter de sacerdote de Jesucristo, escuchó la confesion de maese Ians, y de lo intimo de su corazon dió gracias á Dios por tener que bendecir un alma tan pura, noble y cristiana. Terminada la confesion, salió algunos instantes para volver en seguida á administrar la extremauncion á su penitente, quien aprovechando este intervalo de tiempo hizo reunir al rededor de su cama á toda su familia.

—Hijos míos, les dijo, me quedan pocos momentos de vida y voy á comparecer pronto á la presencia de Dios, mi criador y mi juez. Necesito su inmensa bondad y vuestras oraciones para que se muestre misericordioso conmigo; no ceseis, pues, de rogarle por mí.

Interrumpido por los sollozos de sus hijos, les hizo seña que los reprimiesen y continuó:

—No necesito exhortaros al respeto y á la obediencia que debeis á vuestra madre, en todas circunstancias y cualquiera que sea vuestra edad; este es el primero y mas imperioso deber que teneis que llenar sobre la tierra; pero sobre todo, hijos míos, os encargo que vivais siempre unidos, que os ameís y ayudeis unos á otros; vivid como cristianos y no olvideis que fuera del verdadero sendero de la ley de Dios, no puede haber felicidad, ni reposo! Recibid mi bendicion y venid á abrazarme por la última vez.

Con el corazon traspasado de dolor se arrodillaron los niños é inclinando respetuosamente la cabeza recibieron la bendicion paternal, y besaron en seguida las manos de su padre heladas ya con el frio de la muerte. En este momento llegó el dean, trayendo el celeste viatico y los santos óleos de la extremauncion.

Todos los amigos y vecinos de Ians Rubens acudieron presurosos á la santa y lúgubre ceremonia, y arrodillados con un cirio en las manos, parte de ellos al rededor de la cama del moribundo, y otros en el vestibulo de la casa y hasta en la misma calle, daban de este modo un noble y relevante testimonio de la estimacion y respeto que les merecian las virtudes del hombre de bien que se servia Dios llamar á su seno.

Al principio maese Ians mezcló el murmullo de su voz á las preces que recitaba el sacerdote y repetia el auditorio, pero pronto dejó de oírse aquella voz que firme poco antes, se habia ido debilitando poco á poco hasta extinguirse completamente. Maria entonces apo-





Muerte de Ians Rubens.

yando su cabeza sobre la cama lanzó un grito penetrante:

—Hijos míos! hijos míos!

Estos se levantaron desalados y corrieron al lado de su madre.

—Estais huérfanos! les dijo, estais huérfanos!

En efecto, Ians Rubens acababa de entregar su alma á Dios.

No pintaré todas las lúgubres y piadosas ceremonias que siguieron á este fatal momento. La misma Maria quiso envolver en el sudario el despojo mortal de su marido y cumplir este terrible deber con una fuerza que sin duda le prestaba el auxilio de Dios. No consintió siquiera en confiar á manos extrañas el triste cuidado de depositar en el féretro el cuerpo del difunto; ayudada solo de un fiel y antiguo criado de la casa lo colocó en ella dulcemente, despues de lo cual encendió la lámpara funeraria y fué á reunirse con sus hijos, que al verla se arrojaron en sus brazos, y entonces fué solamente cuando ella pudo llorar y aliviar su corazon del peso horroroso que le abrumaba. Despues de este primer momento consagrado al dolor y á la desesperacion, Maria se entregó por algunas horas á un abatimiento profundo sintiéndose sin fuerzas, sin resolucion y sin valor, no cuidándose de nada de lo que pasaba á su alrededor, y deseando solo la muerte. Este estado de postracion duraba todavia cuando las campanas tocaron el *Angelus*; lo que para ella fué como un aviso divino. Levántase avergonzada de su debilidad, hace una plegaria, corta pero fervorosa, y dando nuevas pruebas de su actividad tranquila y de su valor cristiano, obligó á sus hijos á tomar algun alimento, y á que se acostasen en seguida,

y no permitió á nadie que velase en la casa, excepto al criado anciano que hacia ya cuarenta años que servia á su marido. Sola con él y un sacerdote, pasó la noche en el aposento mortuario, mezclando, segun la espresion de Bossuet, lágrimas con súplicas. Cuando vino el dia, prestó algunos cuidados á su persona, se vistió de luto y fué á despertar con un beso á cada uno de sus hijos, que reunió en seguida para rezar la oracion de la mañana. Ella misma recitó esta plegaria, aunque segun costumbre uno de sus hijos estaba encargado de este deber y añadió á las oraciones ordinarias el *De profundis* que pronunció con voz conmovida pero clara. En seguida se levantó del reclinatorio sobre el cual se habia arrodillado delante de la madona de Torcuato Tasso y confió sus dos hijas á una respetable dueña, que recibió la órden de llevarlas á la pieza mas retirada de la casa á fin de sustraerlas á todas las solemnidades lúgubres que iban á verificarse.

—En cuanto á vosotros, dijo á sus hijos, sois hombres, y es menester que principiéis vuestro aprendizaje con el dolor y los deberes penosos. Os vestireis de luto y en seguida id á orar sobre el féretro de nuestro padre hasta el momento en que vengan á buscarle los sacerdotes. Voy á reunirme con vuestras hermanas, y cuando salgais de la iglesia venid á verme.

Al pronunciar estas palabras los besó en la frente, los guió hasta la habitacion mortuoria, lanzó una mirada dolorosa por entre la puerta entornada y se alejó.

Cuando terminó todo el ceremonial y al regresar del cementerio vinieron, segun la costumbre, los numerosos amigos de Ians Rubens á rezar el ultimo *De profundis* en el cuarto donde habia entregado su alma á Dios, los cinco hijos de Rubens fueron á reunirse con su madre que leia un libro devoto á sus hijas, ocupadas en coser sus vestidos de luto. Entonces volviéndose á renovar la escena de las lágrimas y de los sollozos, en la cual tomó parte el anciano cura que acompañaba á los niños.

En este intermedio entró la dueña para anunciar que estaba servida la comida, pero no pudo proferir una palabra y prorumpió tambien en llanto. Entonces Maria armándose de valor alargó silenciosamente la mano al sacerdote, y sus hijos la imitaron.

Es costumbre en Flandes, y esta costumbre es muy cruel, que en el dia de un entierro, la familia del difunto dá una comida á sus amigos mas intimos y á los sacerdotes que han celebrado el servicio fúnebre. Veinte personas, pues, se hallaban reunidas en el salon que precedia al comedor. Maria las saludó con dignidad dolorosa con la cabeza erguida, como si hubiese querido hacer alarde de su valor y rechazar esa especie de humillacion que resulta siempre de la compasion. A cada uno designó el sitio que debia ocupar, y cuando los convidados se sentaron observóse que maquinalmente y por costumbre, habia quedado vacío un asiento en medio de la mesa, el que estaba destinado al dueño de la casa, y que poco antes ocupaba Ians Rubens. Al reparar Maria en el asiento vacante sintió correr una lágrima por su megilla, y mas de un momento transecurrió sin levantar los ojos.

—Maese Felipe Rubens, dijo al fin, sirviéndose para hablar á su hijo del lenguaje respetuoso que usaba para con su marido, maese Felipe Rubens, sois el gefe de la familia y os pertenece este asiento.

Felipe obedeció con silenciosa dignidad la órden de su madre. Dejó el puesto que ocupaba y fué á sentarse en el sillón de nogal, cuyo respaldo alto y cincelado con las armas de la familia se distinguia de los demas asientos, y saludó á los convidados como habia visto hacerlo á su padre. En seguida recitó con voz firme el *Benedicite*, llenó de vino una gran copa de plata, la llevó á sus labios y la entregó á un criado que estaba detrás de él para que la diese á su madre. Esta humedeció



igualmente sus labios en el vino, pasó la copa á la persona colocada á su derecha, y el vaso de plata circuló de labio en labio y de mano en mano hasta volver á las de Felipe. Entonces se sentó este, los demás hicieron lo mismo, y el joven Rubens se puso á hacer platos y los honores de la mesa con tal desembarazo, gracia y delicadeza que encantó á todos los que le vieron. Maria le contemplaba con enternecimiento, y casi sintió dentro de su corazón un movimiento de alegría, si bien para desaparecer pronto como un fugitivo rayo del sol que penetra por entre la espesa nube de una tempestad y se estingue apenas ha resplandecido.

Terminada la comida, recitó Felipe Rubens las *Gracias*, saludó á sus convidados, presentó la mano á su madre y la condujo á su habitación. Ella entonces echándole los brazos al cuello, lo estrechó contra su pecho, y volviéndose á sus demás hijos, — este es, les dijo, vuestro padre desde hoy en adelante.

Los otros cuatro niños se descubrieron la cabeza por un movimiento espontáneo de respeto.

Conforme á los últimos consejos que Maria habia recibido de su marido, se ocupó con actividad y secundada por su hijo mayor, de los medios de realizar su fortuna y regresar á Amberes. Un año despues de la muerte de Ians Rubens, toda su familia se dirigió á la iglesia de San Pedro y San Pablo para asistir á las honras del aniversario celebradas por el descanso del alma del difunto, y oró sobre su tumba cubierta desde la vispera con una losa de mármol en la que se leia esta inscripción:

*Deo optimo, maximo sacrum  
Joanni Rubenio,  
Clarissimo jurisconsulto qui Italiam  
Per septennium, maximamque  
Sequanorum partem, ad capiendum  
Ingenii cultum, judiciumque confirmandum  
Peragravit, sedulo lustravit,  
Deinde in Belgium reversus, Antverpiæ  
Scandinorum senatus collegio adlectus,  
Id munus per annos sex integros  
Magna cum laude gessit;  
Ac demum civilibus bellis exortis  
Quo procul ab eis nimirum, quietis  
Amans ageret, patriam cui propter  
Administratæ reipublicæ, justitiæque  
Merita charus erat, ultro reliquit.  
Seque Coloniam Agrippam omni  
Cum familia recepit  
In eaque 19 annos transiit  
Viro itaque antiquæ, nostri temporis  
Historiæ cognitione longe præstante,  
Universis ab humanitate, morum suavitate  
Beneficentiæque promptitudine  
Pergrato,  
Maria Pelylinga uxor  
Septem ex eo liberorum mater,  
Cum quo annis 26, concorditer, sine  
Ullâ querella, vixit,  
Marito dulcissimo benemerenti  
Posuit.  
Natus Antverpiæ XIX calend.  
Aprilis anno 1550.  
Denatus Coloniae calend. martii  
Anno 1587.*

Al salir de la iglesia montaron todos en dos coches que los esperaban á la puerta y se pusieron en camino para Amberes.

## CAPITULO IV.

Ottovoentus.

Cuando Maria Rubens entró en Amberes, despues de 20 años de ausencia, halló esta desgraciada ciudad libre al fin de los horrores de la heregia y de la guerra intestina. Largo tiempo rebelde á la autoridad de España, despues de un sitio de doce años, durante el cual tuvo que sufrir los horrores del hambre, se habia visto al fin obligada á rendirse al duque de Parma, que la tenia sitiada, desde cuyo gran acontecimiento habian transcurrido ya dos años, de modo que el comercio principiaba á renacer, la ley á recobrar su vigor y á imperar la justicia.

Maria que poco antes era una muger tímida, sin conocimiento ni esperiencia de los negocios y que, segun la espresion de la antigüedad pasaba sus dias en su casa hilando lana: *domum mansit lanam fecit*; desde la pérdida de su marido, habia recobrado toda la inteligencia y toda la actividad de que su difunto esposo y digno padre de familia, por tan largo tiempo le habia dado ejemplo. Acompañada de su hijo, fué á reclamar mucha parte de sus bienes, que durante su ausencia y la de maese Ians Rubens habian sido confiscados tanto por el partido realista, como por los rebeldes, que so pretexto de emigracion no habian hecho escrúpulo de saquear y robar. Gracias á su perseverancia y á la manera firme é inteligente con que supo ella aducir su derecho, obtuvo completa justicia, y su hijo mayor la secundó tan bien que se captó la estimacion de los magistrados, y á pesar de sus pocos años mereció la singular honra de ser nombrado secretario de la municipalidad de Amberes.

Entre tanto Pedro Pablo Rubens habia vuelto á cursar en Amberes sus estudios, y continuaba haciendo progresos tan rápidos que á la edad de trece años hablaba el griego y el latin como su lengua nativa, y no tenia menos facilidad para espresarse en inglés, español, italiano y francés. Como á su mucha hermosura reunia la franqueza y jovialidad de su carácter, se captaba todas las voluntades, y particularmente la de su madrina la condesa de Lalaing que importunaba incessantemente á Maria para que le diese á su hijo por page, alegando que acabaria de completar en la corte una educacion ya tan bien principiada, que á su lado adquiriria el hábito de los buenos modales y que de este modo llegaria á conquistarse un puesto importante cerca del rey de España; segun ella, esta carrera era preferible en mucho á los estudios del derecho para un joven que prometia llegar á ser tan perfecto y cumplido caballero. Largo tiempo resistió Maria á tan seductoras ofertas, pero acabó por ceder al fin. Inútil es decir que este dia fué de triunfo y de alegría para la condesa de Lalaing, que se apresuró á llevar su page á Bruselas y lo trató como á sus propios hijos, de quienes pronto fué Pedro Pablo no solo un amigo y hermano, sino un fiel servidor.

Empero de todos los placeres que ofrecia esta existencia de disipacion y de esplendores, uno solo tuvo encantos para el joven page habituado á la vida severa y laboriosa de la familia. En lugar de pasar sus dias en la ociosidad y en la disipacion, empleó casi todo su tiempo en montar á caballo, en cuyo ejercicio llegó á desplegar pronto tal habilidad que domaba los potros mas cerriles, siendo la admiracion de los escuderos encanecidos en el oficio. Pero cuando volvia al palacio de la condesa, cuando le era forzoso tomar parte en las conversaciones frivolas, ó bien en jugar á los dados, apoderábase el tedio de su corazón.

Despues de un año de ausencia Pedro Pablo volvió á pasar algunos dias al lado de su madre y á entregar-





Una vista de Bruselas.

se al estudio y á la sabrosa lectura de los libros de la biblioteca paterna. Su primer cuidado fué buscar el libro regalado por Torcuato Tasso, el de la *Jerusalén libertada*, y no sin admiración vió que su padre habia conservado cuidadosamente los dibujos hechos por Pedro Pablo en este volumen. Semejante hallazgo le devolvió la afición á la pintura, y puso manos á la obra con tal actividad, que sorprendiéndole un día su madre con la paleta y el pincel en la mano, no pudo menos de manifestarle su satisfacción.

—Ah madre mía! le dijo, cuanto mejor seria que en vez de obligarme á vivir perezosamente y sin provecho para mi gloria en casa de la condesa de Lalaing, me permitieseis que bajo la dirección de un buen pintor me procurase los medios de asegurar mi futura suerte y mi nombradía!

—Cómo! replicó Maria, tú, el hijo de un noble, abrigas semejantes pensamientos!

—Madre mía! contestó Pedro, yo creía que hacer obras maestras que esciten la admiración de todos, valia por lo menos tanto como montar á caballo, jugar á los dados y echar votos y juramentos! que tal y no otra es la vida que paso con los hijos y los criados de la condesa.

—Pues bien, hijo mío, volverás al seno de tu familia, pero no me hables de proyectos que desapuebo.

«A pesar de esta negativa, dice el historiador de Rubens, Miguel, el licenciado en derecho, no persistió menos en su resolución y aprovechó la primera coyuntura favorable que se le presentó para manifestarla nuevamente á su madre, la cual por su parte volvió á declarar su repugnancia á semejante petición que consideraba

impropia del nacimiento de su hijo, pretestando sus pocos años para fijarse en una profesion conveniente, y que ademas ella lo habia educado y destinado para la toga ó para un estado mas elevado, y por último que le parecian demasiado equívocos para su rango los triunfos del arte de la pintura, para que pudiese dar su consentimiento.»

Sin embargo de esta negativa absoluta, arrastrado el jóven Rubens por su pasión á la pintura, hizo nuevas tentativas para convencer á su madre, reiterando hasta con importunidad sus ruegos y sus instancias, pues, segun decia, no sabia que hubiese un estado mas noble que el de pintor, ni vida mas libre y exenta de cuidados y peligros.

Antes de ceder y aceptar Maria tan grave resolución determinó consultar á sus parientes y tutores de su hijo, pero estos juzgaron conveniente el partido que queria seguir su pupilo, quien viendo al fin colmados sus deseos entró como discípulo en la casa de Adam Van-Noordt, célebre retratista establecido en Amberes.

Día de gozo y contento fué para Rubens aquel en que su tutor le tomó del brazo y lo acompañó á casa del artista. Era este un hombre brusco, áspero de carácter, que de simple carpintero, habia llegado á ser un pintor célebre; pero que de su antiguo oficio conservaba aun las maneras brutales y un modo de hablar no menos grosero, al punto de que sus discípulos tenian que aprender á costa de los mas penosos tratamientos; y á no ser por su demasiada afición á la pintura, pronto hubieran abandonado á un profesor tan intratable. Pedro Pablo imitó su resignación y se consagró al estudio con un fervor y una capacidad que no por eso desarmaron á Adam Van-Noordt. Consolábase Rubens



de estos pesares con Enrique Van Baelen, Sebastian Francqs y Jacobo Jordaens, quienes mas tarde adquirieron una gran celebridad, y se esforzaban como él por alcanzar el talento necesario á su fortuna y nombradía.

Diez y ocho meses pasaron durante los cuales no se desmintió un solo momento la paciencia de Pedro Pablo, á pesar de las difíciles pruebas á que le sometía la áspera condicion de Van-Noordt. Pero un día entró este tan colérico en su casa, de resultas de un exceso de bebida á que de ordinario se entregaba, que insultó é injurió á sus discípulos de una manera que hubiera avergonzado al último cargador del muelle de Amberes, llevando la inícuca bajeza hasta abofetear al jóven Jordaens, cuya constitucion débil y enfermiza hubiera debido ser bastante para ponerle al abrigo de este infame tratamiento. Rubens y sus compañeros separaron y libraron al jóven Jordaens de los golpes del malvado y resolvieron abandonar al punto aquella maldita casa. Volvióse, pues, cada uno á la de sus padres, y Maria, que á la sazón se hallaba rodeada de algunos amigos, aprovechó esta ocasion para amonestarle sobre el poco brillo del estado de pintor, concluyendo siempre que era mejor abandonar los pinceles y volver á emprender los estudios del derecho. Al oír semejante discurso un caballero que se hallaba de visita y que habia sido presentado en casa de la viuda de Rubens por un regidor de la ciudad, no pudo menos de sonreírse, y le replicó que no todos los pintores obraban como el maestro Van-Noordt, pues él conocia algunos que merecian la estimacion de todos como cristianos y como caballeros. Durante esta plática llegó el príncipe de Chimay, corríó hácia el que de esta suerte hablaba y lo trató de la manera mas honorífica, dirigiéndole reconvenções amistosas porque al llegar á Amberes, no habia ido á hospedarse en su palacio, siendo así que se consideraba dichoso con ser el mejor amigo de un hombre de tan gran nombradía.

—Ya lo veis, dijo sonriendo el extranjero, no todos los pintores son malos y groseros, pues yo puedo confesaros que la pintura es mi profesion, y si me llamo Octavio Van Veen, bajo cuyo nombre me ha presentado en vuestra casa el señor regidor, firmo mis cuadros con el nombre latinizado: OTTOVOENIUS.

—Y esos cuadros que os pagan á precio de oro, interrumpió el príncipe de Chimay, os han valido no solamente la estimacion y amistad de todas las personas honradas, sino muy principalmente de SS. AA. los archiduques Carlos y Alberto, y de monseñor el duque de Parma.

Rubens, con los ojos llenos de lágrimas, se arrojó delante de Ottovoenius, tomó respetuosamente una de sus manos y la llevó á sus labios:

—Permitid, dijo, que me prosterne delante del que tanto esplendor ha dado á la escuela flamenca! del grande artista que el mismo Van-Noordt nos señalaba como uno de los mas grandes genios del siglo!

—Amigo mio, no merezco esos elogios exagerados; pero sino estoy destinado, como Moises, á penetrar en la tierra de Canaan, mi mision á lo menos es mostrarla á los bienaventurados israelitas que deben habitarla.

—Madre mía, monseñor, señor regidor, os suplico encarecidamente que intercedais para que el maestro Ottovoenius se sirva admitirme entre sus discípulos, exclamó fervorosamente Rubens. Señor, no me levantaré hasta que no me otorgueis esta gracia.

—Hijo mio, contestó el pintor, si realmente os ha dado Dios la vocacion del arte divino de la pintura, no vacilaré en llevaros conmigo á Bruselas é instalaros á mi lado en el gabinete de estudio que los magistrados de la ciudad me han dado en su palacio; pues el encanto de vuestra persona me ha cautivado ya el corazon; pero si solamente os inclináis al arte por un sentimiento mal fundado de orgullo, me atrevería á aconsejaros que

abandonáseis un camino en que mas valdria no haber puesto jamás los pies, sino habeis de marchar el primero á la cabeza de todos los demas. Mostradme algunos de los estudios que habeis hecho bajo la direccion del maestro Adan Van-Noordt.

—Yo puedo enseñaros en la sala inmediata, dijo Maria, un cuadro que me regaló la semana pasada, y hecho por él espresamente para festejar el aniversario de mi nacimiento.

Hablando así llevó á Ottovoenius á la pieza contigua, mientras que Rubens los seguía con el corazon palpitante y en una ansiedad imposible de describir.

Al ver el cuadro el maestro Ottovoenius lanzó un grito de sorpresa y de admiracion, volvióse hácia Rubens y abrazándolo con entusiasmo, le dijo:

—Vos sereis el mas grande pintor de Flandes y hasta del mundo entero, si dejais al tiempo y al trabajo el cuidado de madurar el admirable genio de que os ha dotado el Ser Supremo. Venid á Bruselas conmigo, Pedro Pablo; no solamente os concedo que seais mi discípulo, sino que os lo pido y suplico. Mas que discípulo sereis mi amigo y hermano. Gracias os doy, Dios mio! porque me habeis reservado el honor de dirigir por la senda de la celebridad y conducir á una gloria inmortal al que debe colocarse entre Miguel Angelo Buonarotti y Rafael Sanzio! Gracias, Dios mio! porque en adelante me consolaré de no dejar á la posteridad solo un nombre de artista secundario, puesto que ya no lo pronunciaré sin agregar el feliz titulo de *maestro de Rubens!* Venid, amigo mio! partamos ahora mismo para instalarnos juntos en nuestra casa de Bruselas.

Facilmente puede conjeturarse cual seria el contento de Pedro y la felicidad de su madre que oía predecir semejante destino para su hijo. Al día siguiente marcharon Pedro Pablo y Ottovoenius para Bruselas, donde haciendo este completa abnegacion de su propia gloria no se aplicó mas que en formar á su discípulo, en revelar los secretos del arte y en dar una prudente direccion á la fogosidad de su genio. No se separaba de él un solo instante, lo llevaba consigo á todas partes, velaba sobre sus costumbres con el interés de una madre, é hizo de él no solo un gran pintor, sino tambien un caballero perfecto. Así transcurrieron dos años, al cabo de los cuales Ottovoenius se volvió tético y pensativo; muchas veces lo sorprendia Rubens derramando lágrimas, y le reconvenia tiernamente por no confiar sus pesares á su hijo adoptivo.

—Amigo mio, le respondió un día el pintor, el pesar que experimento es la necesidad que tengo de separarme de ti!

—Separarnos? Qué he hecho yo para merecer semejante castigo? preguntó Rubens traspasado de dolor.

—Nada de que no pueda envanecerme y considerarme feliz; pero es menester que pases á Italia para estudiar á los grandes maestros y perfeccionarte en tu arte copiando sus obras maestras sublimes. Confíesote que me falta el valor al pensar en tan cruel separacion... Sin embargo, añadió, tu gloria exige este sacrificio, y debo someterme á él. Iremos á Amberes y pediré á tu madre permiso para que hagas este viage.

En efecto, al día siguiente, Maria vió llegar á su casa á Ottovoenius y á su discípulo, y aquel le comunicó los designios que tenia de hacer viage á Rubens, y la respetable señora no quiso decidir tan grave resolucion sin haber oído el parecer de su familia. Al efecto reunió en su casa á los parientes mas dignos de confianza, y les manifestó lo que Ottovoenius pretendia para Pedro Pablo, añadiendo que se conformaba en un todo á la decision que tomasen por el interés de su hijo y en honor de su familia.

En efecto, una deliberacion en debida forma escrita en flamenco y que posee el autor de estas notas, declara-



«Que los parientes y tutores de Petrus-Paulus Rubens, satisfechos de la honradez, capacidad y buena conducta de este, no tienen dificultad en acceder al viage que piensa hacer á Italia, á fin de perfeccionarse en su arte, á ejemplo de su digno maestro Octavius Van-Veen.»

Una vez tomada esta resolución de familia, Ottovoenius no se ocupó ya sino de proporcionar á su querido discípulo los medios de ejecutar su viage con todas las comodidades posibles. No solamente dió á Rubens cartas de recomendación para los muchos amigos que tenía en Italia, sino que también pidió para él una audiencia á SS. AA. RR. los archiduques Alberto é Isabel.

No eran ya un misterio las brillantes predicciones de Ottovoenius sobre el porvenir artístico de Rubens; hablábase de ellas en todo Flandes, y aunque Rubens, según los consejos de su maestro, no manifestaba sino á muy pocas personas sus obras de pinturas, no por eso se le consideraba ya en la corte menos dotado de grandes talentos, digno de nambrodia y destinado á ilustrar á su país. Así es que el príncipe y su augusta esposa acogieron á Pedro Pablo con el mas vivo interés, el cual aumentó de punto cuando confirmó con su presencia la aventajada opinión que de él tenían formada. Rubens acababa de cumplir sus diez y siete años; pero el desarrollo de su talle y el conjunto de su fisonomía le hacían aparecer de mas edad, y sin quitarle nada de la gracia de la adolescencia, daban á su persona cierta espresion de gravedad que le cuadraba maravillosamente. Conducido por su maestro Ottovoenius se adelantó con el mas gentil desembarazo hácia la archiduquesa, hincó una rodilla en tierra y se inclinó delante de ella con tal

mas afamados por la elegancia de sus maneras. Isabel lo recibió con amable sonrisa y dándole á besar su mano, favor que solo otorgaba á los mas ilustres señores de Flandes, le dijo:

—Por santa Gúdula! messire Rubens, fuerte reconvenccion merece maese Ottovoenius por no haber traído á nuestra corte, sino hasta la vispera de su marcha para Italia, á tan apuesto y cumplido caballero como demostrais ser.

Rubens contestó modestamente, pero con cortedad, algunas palabras que revelaban desde luego su talento.

—Monseñor, dijo entonces la princesa tomando por la mano al jóven y conduciéndolo al archiduque, os presentamos á messire Rubens, al discípulo favorito de nuestro pintor Ottovoenius, suplicándoos que le dispenséis vuestra protección y benevolencia.

—Messire Rubens, añadió el archiduque, he dado orden á mi canceller para que os entregue algunas cartas de recomendación, tales como las merecéis, para los príncipes de Italia con quienes me hallo en relaciones de íntima amistad. Partid, pues, ya que vuestra vocación os llama á continuar en Italia vuestros estudios de pintura. Pero cuando hayais dado á vuestro talento la madurez necesaria, volved á nuestra corte, donde no dejareis de hallar, así como maese Ottovoenius, protección, ayuda y amistad.

—Monseñor, dijo Rubens, solo siendo un malvado destituido de todo sentimiento noble podría no justificar una parte de vuestras bondades. No dudeis que su recuerdo me hará mas perseverante, y que siempre las tendré presentes como un estímulo para el trabajo.

El príncipe se quitó del cuello una larga cadena de oro y la pasó al de Rubens.

—Tomad, dijo, no la perdais, para que en medio de las seductoras ofertas que indudablemente os hará la Italia para reteneros, os recuerde sin cesar que nos pertenecéis y que os aguardamos. Según nos acaba de decir Ottovoenius parece que marchais dentro de tres dias; en este supuesto, madama la archiduquesa y yo queremos que os quedeis hoy en nuestra compañía; mañana ireis á abrazar á vuestra madre y pasado mañana perteneceréis á vuestro maestro.

—A mi padre, replicó Rubens profundamente conmovido, pues le debo lo que sé y el inefable honor de la acogida conque os dignais honrarme.

A estas palabras dichas con entusiasmo, la archiduquesa no pudo menos de enternecerse, y un murmullo de aprobación resonó en medio de la asamblea, y todos aplaudieron, cuando adelantándose la princesa hácia Rubens, le dijo:

—Puesto que monseñor el archiduque os ha otorgado una muestra de su afecto, queremos imitar tan buen ejemplo; tomad esta sortija en memoria de vuestra soberana.

—Oh! señora, exclamó Rubens, que esta vez no pudo contener sus lágrimas, oh! señora! queréis que muera de alegría!

—No seguramente; queremos que vivais luengos años, y que sea inmortal vuestro nombre.

Con tantos y tan señalados favores honrado, partió Rubens al siguiente dia para Amberes, donde su madre noticiosa de su llegada, le esperaba y corrió á arrojarle en sus brazos apenas puso el pié en el umbral de la casa, y sus hermanos y hermanas acudieron también presurosos á juntar sus abrazos á las caricias de su madre; en seguida, luego que manifestó los favores que había merecido á sus soberanos, celebróse un banquete de familia en que reinó la mas cordial alegría, aunque turbada con la triste idea de una próxima separación. En efecto, en la tarde de aquel mismo dia Pedro Pablo pidió de rodillas á su madre su bendición, y levantándose esta con cierta gravedad solemne, dijo:



Presentación de Rubens á la Archiduquesa.

respeto y gracia, que le hubieran envidiado los cortesanos



—Dios mio! haced que vuestros ángeles velen incesantemente sobre mi hij, y lo libren de toda enfermedad y de todo peligro; pero haced sobre todo que el demonio no pueda ejercer sobre su alma su dominio, y que permanezca pura delante de vuestros ojos. Muera antes que incurrir en pecado mortal, porque mas facilmente me consolaria de su pérdida que de su caída. Un presentimiento doloroso me oprime el corazon en este momento supremo y me dice que Pedro Pablo oye por última vez mi voz en este mundo, y que ya no nos volveremos á ver sino en el cielo. Señor, cúmplase vuestra santísima voluntad, pero ya que nos separais en la tierra, reunidnos un dia en vuestra eterna morada.

Y alargando la desolada madre sus brazos á su hijo, que se precipitó en ellos, una y otro confundieron largo rato sus lágrimas y sollozos, hasta que cediendo por un instante Maria á tan terribles emociones, levantó la cabeza y descolgó de la pared la madona de plata que le habia regalado Torcuato Tasso.

—Hijo mio! dijo, ya en otro tiempo alcanzaron mis ruegos de la divina madre de Dios tu salud, cuando todos te creíamos muerto. Te la entrego, para que jamás te separes de ella, en reconocimiento de este milagro y como una memoria del amor entrañable de tu madre. Muchas veces te he contado la historia del ilustre poeta á quien la debemos. No seas ingrato con él, ni olvides que tu padre le debió la vida.

Al oír el ruido del coche y de los caballos, que anunciaba la hora terrible de la partida, faltó de todo punto

el valor á la inconsolable madre que pálida y trémula, no tuvo fuerzas si no para dar el último abrazo á su hijo, y cayó sin conocimiento. Cuando vuelta en sí abrió los ojos, vióse rodeada de sus otros seis hijos, que se esforzaban por consolarla.

Mientras volvía de su desmayo, Pedro Pablo enjugaba sus lágrimas y seguía el camino de Bruselas. Al descender del carruaje halló á Ottovoenius que le aguardaba y que no se separó de él hasta el momento de partir, que fué al amanecer del siguiente dia.

En el momento en que los caballos arrancaban al galope, Ottovoenius echó sobre las rodillas de su discípulo una cartera. Al abrirla Rubens vió que contenia varias letras giradas contra los principales banqueros de la Italia importantes una suma considerable de dinero, y ademas la carta siguiente:

«Hijo mio, ahí tienes el fruto de mis economías privadas, yo te las presto, porque es menester que sepas que no vas á Italia á adquirir riquezas, sino talento: la fortuna y la gloria te esperarán aquí á tu regreso.»

—Dios mio! exclamó Rubens, con tales pruebas de ternura y con tan nobles testimonios de interes, como no he de hacerme digno de la estimacion del que voluntariamente se ha constituido en mi segundo padre! Cómo es posible que no llegue á ser un gran pintor!

(La segunda parte en el número inmediato).

ENRIQUE BERTHOUD.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

### EL PASTELERO DE MADRIGAL O EL REY FINGIDO.

(Continuación.)

El alcalde tuvo que retirarse sin conseguir que doña Ana diese mas contestacion á sus preguntas. Entre los demas presos, se encontraba tambien el médico Mendez Pacheco á quien la cura del enfermo de las casas pajizas perseguía por todas partes, le habia ya costado unas galeras, y se hallaba otra vez en la cárcel sin saber el motivo, aunque por el lance que le habia pasado con el fraile y doña Ana, sospechaba que la sombra del rey don Sebastian le perseguía, y daba motivo á su prision. Pero en el momento que fué preguntado refirió sin omitir una coma todo cuanto le habia sucedido tanto en Portugal como en España, de lo cual ya están enterados nuestros lectores. Otros muchos presos que habia fueron interrogados y afidos en el tormento; pero ninguno dió mas luz en el asunto de la que ya se tenia, porque ninguno estaba en el secreto.

Se le tomó tambien declaracion, y aun que esta en los últimos dias de su embarazo, se dió tormento á la pobre ama del pastelero, la cual tanto en su declaracion espontánea, como en el tormento, no dijo ni pudo decir mas, sino que era portuguesa y se llamaba Clara, (el manuscrito calla el apellido) que hacia cinco años que trataba con Gabriel de Espinosa, quien la habia llevado consigo á varios puntos de Portugal, ejercitándose en todos en

el oficio de pastelero: pero que siempre le decia: *¡Si tu supieses quien soy yo, y si te pudiese llevar á mi casa á Castilla, por dichosa te tendrías! ¡Pero ah, no salí yo de Castilla de modo que pueda volver á ella al descubierto.* El oficio de pastelero lo usaba comunmente para que no se dijese que era un vago, por que de cuando en cuando recibia una cantidad de dinero, con la cual le bastaba para mantenerse, y solo cuando esta cantidad, que sin duda le enviaban sus parientes, se le acababa ó tardaba en venir, era cuando apelaba á su oficio. Por fin pasó con él á Castilla, donde se estableció primero en la Nava de Medina, luego en Madrigal. Jamás le habia confiado sus secretos, ni habia tenido parte en sus negocios. Por fin que á poco tiempo de estar en Madrigal, habia estrechado su amistad con el padre vicario de las monjas, con quien tenia largas y secretas conferencias, pero sin que ella jamás trasluciese su objeto, y de la conferencia pasaba comunmente al convento de donde no volvía hasta la noche. Unicamente habia llamado su atencion, que hacia poco tiempo, una mañana al rayar el dia, habian llegado á su casa tres caballeros portugueses, con quienes el pastelero se habia encerrado y tenido larga plática, y que luego al despedirse habian derramado muchas lágrimas, dando muestras de gran sentimiento, y sin querer aceptar unas pollas que Espinosa les habia mandado preparar. Tambien añadió, que la niña que tenia consigo, era hija suya y del pastelero, sin que supiese otra cosa de sus asuntos ni antes ni despues de venir á Madrigal.

Al mismo tiempo quedon Rodrigo Santillan tomaba las declaraciones á los demas presos, iba por la noche, y por sí mismo, sin escribiente ni otra persona que le ayudase, tomaba declaracion al pastelero, en lo cual consumía algunas horas, tanto por ser él solo, como por lo misterioso



rioso de las palabras del preso, que cada vez salía con una nueva indicación, pero que jamás acababa de declarar.

—¿Cómo os llamais? le preguntó el juez.

—Gabriel de Espinosa, contestó.

—¿Qué edad teneis? —No lo sé cierto, pero creo que paso de cincuenta años. —¿De donde sois natural? —De Toledo. —¿El nombre de vuestro padre? —Lo ignoro. —¿El de vuestra madre? —Tampoco lo sé. —¿Cómo! ¿No habeis conocido ni sabido el nombre de vuestros padres? —No ciertamente. —¿Luego sois un hombre bajo? —Eso es falso. —Pues entonces vos faltais á la verdad. —Tampoco eso es cierto. —Pues para que nos entendamos de cid francamente quién sois. —¿De qué sirve preguntarme quién soy? Vos decís que teneis comision del rey... pues bien, S. M. me conoce perfectamente, sabe muy bien quien soy, que mande uno que me conozca, que bastantes hay en la corte, y á su lado los tiene. —Cuando S. M. lo sepa hará lo que estime conveniente, pero entretanto yo debo averiguar vuestro origen, y si voluntariamente no lo confesais lo hareis de otro modo. —¿Puede que me mandeis dar tormento... dijo Espinosa con desden. —Ahora no es caso de daros cuenta de mis intenciones, sino de que contesteis á lo que os pregunto. —Supuesto que os empeñais lo único que sé de mi origen es, que fui echado á la puerta de una iglesia en Toledo. —Ved, pues, como os calificué bien cuando dije que erais un hombre bajo. —A eso he dicho que no, y vuestra calificación me importa poco. —¿Qué oficio teneis? —Primeramente aprendí el de tegeador de terciopelos, y luego el de pastelero que he ejercitado en varias partes, y últimamente en Madrigal. —¿Y que especie de trato habeis tenido con doña Ana de Austria? —Me envió á llamar, me encargó algunas cosas tocantes á su servicio, las ejecuté como hombre honrado, y últimamente me encargó le vendiese unas alhajas, á cuya comision fui á Valladolid. —¿Y de qué negocios habeis tratado con fray Miguel de los Santos? —De cosas indiferentes, y que nada significan. —Pues entonces ¿cómo en la carta que os escribió á Valladolid os daba el tratamiento de Magestad? —No he recibido semejante carta. —Aquí está (dijo el juez presentando la carta) é iba dirigida á vos. —¡Ah!... eso no significa nada, buen humor y chanzonetas de fray Miguel.

En fin por mas preguntas y esfuerzos que don Rodrigo Santillan hacia, el preso nada confesó, encontrando siempre una salida vaga, insignificante ó enfática á las interrogaciones que se le hacian. El juez en vista de este proceder tuvo necesidad de recurrir á reiteradas declaraciones, en las que muy poco á poco se iba descubriendo algo de tan intrincada maraña. Ya por fin en una de las declaraciones, el juez le presentó una carta autógrafa de doña Ana, en que ademas de darle el título de Rey, le llamaba su primo, y le suplicaba encarecidamente declarase quien era, pues veia cuanto importaba á todos; á lo cual contestó riendo: nada, una chanza con la que me he divertido á costa del fraile y la monja, para que me obsequiaran y regaláran como lo han hecho, de lo cual no creia que nadie pudiese hacer caso ninguno. En las demas ocasiones en que fué preguntado, siempre contestó con presencia de ánimo; y con muchísima consecuencia, tanto que jamás el juez pudo encontrarle en contradicción, y si alguna vez le apuraba demasiado, ó le amenazaba, contestaba con mucha magestad y decoro: he dicho la verdad, y los tormentos todos del mundo, jamás me harán decir otra cosa.

Aunque el proceso se hacia con todo el sigilo posible, sin embargo se habia ya traslucido algo, y las conversaciones de Espinosa tenidas al alcaide, á los que le guardaban, y á alguna otra persona que por curiosidad habia ido á visitarlo, daban lugar á milanécdotas y congeturas, diciendo unos que en efecto era el rey don Sebastian, otros un embaucador, y otros que tenia trato con el demonio, á cuyas calificaciones dieron lugar el juicio de un célebre

astrólogo que por aquellos dias llegó á Medina, el cual habiéndole observado, dijo con tono magistral y de convicción: *ó todas las reglas de astrologia faltan, ó este hombre es un principe*; y sobre todo el hecho siguiente. La infeliz Clara, que como dijimos, se hallaba muy adelantada en su embarazo cuando sufrió el tormento, sintió que se acercaba el momento de ser madre, y avisó á los que la custodiaban los cuales por orden del juez tuvieron mucho cuidado de la madre, que dió á luz un niño hermoso y sumamente parecido á la niña, de que varias veces hemos hecho mencion, tanto que no dejaban duda de que eran hijos de unos mismos padres. Los guardas de Espinosa por ver si lo negaba, ó lo tomaba á mal, le anunciaron que Clara habia parido, y que tenia un hijo mas. El pastelero no se inmutó, antes manifestó satisfaccion diciéndoles: *si es mi hijo, no lo podrá negar, nacerá con una señal infalible; tendrá en un lado de las espaldas marcada una daga, y en el otro una espada*. Fueron á reconocer el niño y vieron ser cierto lo que habia dicho, lo cual les causó tanta admiracion, (porque ni él habia visto al niño ni hablado con persona que le hubiese visto) que le tuvieron unos por brujo y otros por hombre extraordinario: y estas cosas pasando de boca en boca llegaron hasta poner en cuidado á los mismos jueces, que muchas veces confesaron, que Espinosa era hombre extraordinario, y segun su instruccion, talento y educacion, de mas alta alcurnia que la que habia manifestado en sus declaraciones, y en tales términos que el doctor Juan Llano de Valdés dijo un dia que salia de hablar con él: *no es posible si no que este hombre sea algun principe, segun obra y se produce*.

## VI.

Mientras don Rodrigo Santillan instruía con toda diligencia el sumario, y apuraba todos los medios de averiguar aquel negocio, el doctor Llanos de Valdés á quien como dijimos se habia dado comision amplia para las personas eclesiásticas; trabajaba incesantemente en Madrigal, tomando declaraciones á las pobres monjas, que estaban afligidísimas y aturdidas, y particularmente las dos amigas y confidentas de doña Ana á las que se habia sacado del convento; y se les tomaba declaración en su encierro particular. Pero estas infelices nada sabian de la intriga, habian servido á doña Ana como su compañera, y con toda sencillez de su corazon habian creído el dicho de su amiga, que les decia, que el pastelero era el rey don Sebastian, y solo esto repetian en sus declaraciones por mas que las molian á preguntas: doña Ana, aunque al principio insistió en negarlo todo, luego convencida de que fray Miguel y Espinosa, habian ya declarado algo, y certificada de que la voluntad del rey su tío era que se declarase á los jueces, lo hizo francamente refiriendo cuanto le habia pasado con fray Miguel y el pastelero, pero insistiendo en la idea, de que efectivamente Espinosa era su primo el rey, y añadiendo que el no haberlo querido declarar antes, y no haber dado parte de ello á Felipe II era porque temia, que sabiéndolo le prenderian y obligarian á declararse, lo cual no juzgaba oportuno, pues segun tenian tratado, pensaba permanecer oculto hasta la muerte de Felipe II, y entonces concertarse con el principe para que le restituyese en sus indisputables derechos. Los jueces se empeñaron en hacerle conocer que todo aquello era un engaño de que era víctima aunque inocente; pero á esto contestaba: que todas las demas pruebas y motivos que tenia para creer que Espinosa era el rey don Sebastian, podrian desaparecer, pero que jamás podrian persuadirla, que su director espiritual, un hombre tan santo, tan virtuoso, tan entregado á la oracion, y que perfectamente conocia al rey don Sebastian, se hubiese engañado, ni mucho menos maliciosamente la en-



gañase. Porque ¿cómo es posible añadia derramando lágrimas) que el que tan santos consejos me ha dado para la salvacion de mi alma, quiera perder la suya con un pecado tan enorme? Ah, cuanto temia yo (esclamaba en medio de su dolor) que si se descubria quien era, la ambicion formaria alguna trama horrible para perderle! Ya se cumplió mi presentimiento; se empeñan en hacerme creer que yo he sido la engañada, para hacerle morir como un impostor! Verdaderamente causaba lástima ver hasta que punto habia el vicario llegado á fascinar el sencillo corazón de aquella pobre señora.

En este estado de cosas, al volver un dia los jueces á su casa, encontraron cada uno una carta anónima que les habian introducido por debajo de la puerta: el tenor de ellas era el siguiente. — «Señor; el negocio que vmd. trae entre manos es tan grave, que tiene á todo el reino á la mira, y muy en particular á sus servidores, que viendo el daño y provecho que del le puede resultar, no pueden dejar de ser combatidos de temores y esperanzas; y aunque poniendo los ojos en solo lo temporal, hay muy poco ó nada que temer, porque con la prudencia y discrecion que Dios ha dado á vmd. y con la que en particular se ha experimentado en este negocio, no puede dejar de hacerle muy á gusto de S. M. y salir del con mucha medra y un muy aventajado premio; pero no sé si el del cielo está tan seguro, que no todas las veces los dos premios van á una, antes muchas aprueba y premia la magestad del suelo, que lo condena y castiga la del cielo, y al contrario; ora sea por tener estragado el gusto los reyes, dándose por servidos de cosas que no se hacen sin ofensa de Dios, ora por el desorden y ambicion con que los ministros pretendiendo por esta via ser premiados, se adelantan á lo que ni la ley de Dios permite, ni la voluntad del rey á quien sirven permitiera si lo supiera y entendiera: y porque por una parte de lo primero nos asegura aquí la gran cristiandad de nuestro rey, y por otra despues que este negocio pasa por mas manos que al principio se van trasluciendo cosas del que hacen temer un gran daño y yerro muy perjudicial para el alma ó almas de los jueces, y para las vidas, honras y haciendas de los que han de ser juzgados, suplico á vmd. cuan encarecidamente puedo, mire muy bien lo que hace, y que pues su celo é intencion es tan buena (que de eso no se duda) prosiga con medios proporcionados para acertar en cosa que tanto importa, cual seria consultar persona ó personas de conciencia y letras teólogos, cuyo es juzgar de muchas cosas que se ofrecen en semejantes casos; y mientras esto vmd. no hiciese, ni su buena intencion lo escusaria si errase, ni creo, segun veo ir encaminado el negocio, dejará de errar y hacer quiebra, que por ventura no podrá soldar en todos los dias de su vida. No lo fie vmd. ni se contente en ir dando cuenta al rey de todo lo que va haciendo (como entendemos todos lo hace), que aunque esa diligencia es muy buena y necesaria, y que con ella se pudieran escusar consultas de acá, si todo lo que acá se sabe se pudiera escribir ó decir allá, y si todo lo escrito se pudiera leer, y todo lo leído consultar. Mas bien se deja entender que con los muchos negocios y ocupaciones que allá se encuentran, no se podrá atender tan de propósito al que vmd. trata, como se entenderia acá, y que no harán poco en leer todas las cartas que vmd. escribe, y otros le han escrito, sin ponerse á leer y consultar muy despacio todo lo pasado. Y no dudo yo que el temor desto, y de no cansar allá, le habrán hecho á vmd. dejar de escribir muchas cosas. Y así me parece y parecerá siempre muy necesario, hacer acá la diligencia que he dicho, y crea vmd. que quien esta le escribe le desea servir, y que fuera del bien comun ninguna otra cosa le mueve, y que no habla de su cabeza, sino con parecer de personas doctas, reli-

giasas y prudentes: y si vmd. quiere saber la razon y razones que hay de reparar, yo me ofrezco de apuntárselas en otro papel, que vaya por el mismo orden que vá este, que por justos respetos é inconvenientes, no se quiere dar á conocer el que esto escribe. Podrá ser que algun dia cesen, y quite la máscara, y entre tanto esté vmd. seguro que ni es portugués, ni tiene parentesco con ninguno de esa nacion. La señal cierta de que vmd. quiere le envíe estos apuntamientos, será si á la mañana vá á oír misa á la iglesia de Sahagun; y el no ir tendré por respuesta de que no gusta de ello, y lavaré mis manos. ¡Quiera Dios que sea entre inocentes!

No dejó esta carta de llamar la atencion de los jueces, y aunque estaban resueltos á llevar la causa por los trámites regulares, y apoyados en las órdenes de Felipe II, nada temian, sin embargo, sospecharon que este podria ser algun nuevo enredo del pastelero y el fraile; y tanto por ver si podian dar con el autor de la carta, como por aprovecharse de las noticias que pudieran darles, resolvió don Rodrigo Santillan acudir á la señal que se le indicaba, para lo cual tomó todas las precauciones que le parecieron oportunas, á fin de apoderarse del anónimo si por alguna señal lo descubria. Pero sus investigaciones y espías nada adelantaron, oyó la misa en la iglesia de Sahagun, y nada notó, y sin saber por que conducto, halló en su casa la carta prometida en la anterior, la cual queriamos omitir por ser bastante larga; pero como dá muchos datos, y confirma lo que hasta aquí llevamos dicho, creo que nuestros lectores, la recibirán con gusto; dice así:

«Señor, por constarme que vmd. recibió y leyó un papel que le envié el dia pasado, y haber sabido que oyó ayer misa en Sahagun, me doy por respondido, que se sirve que haga este oficio; y así le hago muy de buena gana, ¡quiera Dios sea de algun provecho! que mi intencion al menos buena es, y el deseo grande de que se acierte con el mayor servicio de Dios, y bien de la república.

«La fama que hasta ahora se ha echado de este negro pastelero, y lo que parece gusta vmd. y aun debe gustar S. M. se entienda, es que él es un hombre bajo, que fingió ser el rey don Sebastian con parecer y acuerdo de algunos personajes, que por esta via, segun se entiende, pretendian hacer conjuracion, y levantarle por rey de Portugal, en faltando el nuestro, (Dios le guarde muchos años) lo cual á ser así iba el negocio llano y liso, pues con esto quedaba muy justificado cualquier castigo que se hiciese con este hombre, y en cualquiera que se hallase cooperado en una tan grande y calificada traicion, y se daba muy buena salida á la comunicacion que con este hombre se sabe haber tenido la señora doña Ana de Austria; porque ninguna mejor que haberse fundado en falsa y engañosa persuasion de que era el rey don Sebastian. Pero supuestos los indicios y evidentes conjeturas, que hay en contra desto, ningun hombre cuerdo ni que tenga un poco de entendimiento, se lo persuadiera, y así, ni se cumple con Dios, ni las conjeturas son verdaderas (como luego diré,) ni con los hombres que las tienen y ternán sin duda por tales; ni se ataja el fuego y alteracion que se podia levantar en Portugal, si entendiesen que su rey, ó el que tiene á su parecer algun derecho al reino, es castigado en Castilla debajo de figura de hombre bajo y traidor; y quiera Dios no haya ya comenzádose á levantar esta llama, que supuesto el gran número de portugueses, que se sabe haber acudido á Madrigal de pocos años á esta parte á visitar á la señora doña Ana y fray Miguel, harto es de temer que á la hora de ahora, viendo descubierta su celada, estén bien alborotados, y para que vmd. vea el fundamento con que hablo, pondré aquí las conjeturas con la mayor brevedad que pueda.



«Todo el mundo sabe que fray Miguel tuvo particular conocimiento y trato con el rey don Sebastian, como quien le crió y predicó mucho tiempo, y así no puede haber duda en que él no pudo padecer engaño en tener por don Sebastian á quien no lo era, porque por mas señas que del tuviera, no dejarán de faltarle algunas, bastantes, infinitas en que forzosamente le habia de dar alcance, examinándole y preguntándole de ellas, y mas con tan larga comunicacion como ha habido entre los dos en Madrigal, con lo cual no habrá hombre en el mundo que se persuada, que fray Miguel tuvo á este por don Sebastian no siéndolo. Tampoco habrá quien se persuada, que no teniéndole por don Sebastian, ni por don Antonio, ú otro personage que él pudiese persuadirse que tenia accion al reino de Portugal, sino por hombre comun y bajo, quisiese venderle por don Sebastian, y procurar que como tal fuese reconocido por rey á su tiempo, haciendo un engaño tan grande á la señora doña Ana, con quien (segun es pública voz y fama) la tiene desposada, y una traicion tan enorme á su patria, á nuestro rey, (y lo que peor es) al del cielo, haciéndose cargo de no menos que de un reino entero; y digo, que ninguno se persuadirá esto de fray Miguel por ser tenido de todos cuantos le conocen y no conocen, por un gran religioso, y muy siervo de Dios, y muy docto y prudente, y de gran caudal y entendimiento, y es duro de creer de un hombre tal un disparate tan grande, y que sin que, y sin para que, quisiese irse al infierno porque un hombre bajo quedase triunfando, y cuando él estuviera fuera de juicio (que sabe vmd. cuan fuera es de eso) y diera en un desatino como este, ¿cómo quiere vmd. que se crea, que los demas de su nacion que entraban, ó debian entrar en la conjuracion, viniesen á sujetarse y rendirse á un hombre vil, y elegir para cosa tan grande persona tan pequeña, habiendo tantas de tan diferente calidad entre ellos, que tomáran para si esa suerte, y arriscáran de muy mejor gana sus vidas por ser cabezas, que las arriscáran con el mismo peligro por entrar en la conjuracion, y darle honra y provecho á otro, que ni le tocaba, ni lo merecia? Y es mas fuerte esta razon por ser vivo don Antonio, el cual sabemos que por mandar y ser cabeza, traia muy desvanecida la suya, y su persona fatigada y desterrada, y que ninguna nueva hubiera mejor para él que encargarse esta empresa de la manera que se dice haberse encargado á este hombre, y encargádose él de ella; claro está cuan á gusto fuera de los demas y cuanto mejor le estaba que encargarlo á un pastelero. Y fuera de esto no es de ánimo vil y bajo desecher grandes riquezas, y es fama pública, que siendo importunado este hombre que recibiese una cruz de diamantes de valor de 800 ducados, y otra joya que valia 600, que la señora doña Ana le daba, y traza para poder seguramente venderlas por via del arzobispo de Burgos, á quien para esto le encaminaba, no se acabó con él que las tomase. Y si fuera hombre bajo ¿quién duda que se cebára de la presa de manera que no se le pusiera delante, que podía esperar otra mayor? Indicio, pues, es este grande de serlo la persona.

«Dejemos pues por cosa llana, que supuesto lo que se ha entendido, y aqui se ha referido, este no puede ser hombre bajo, sino persona grande y muy grande, en quien en alguna manera cupiese tanta cortesía como la señora doña Ana y fray Miguel y los demas le han hecho, y en quien cupiese tener algun color (siquiera aparente) á la pretension del reino de Portugal, y no es dificultoso de entender, que S. M. tiene grandes prenuncios de eso, pues vemos que por una parte se usa de medios y rodeos para saber quien es el preso, y por otra ni envia quien le conozca, diciendo el preso públicamente, que el rey sabe muy bien quien es, y si no que envíe quien le conozca que hartos hay, ni hay

«mencion de darle tormento, ni tocarle el pelo de la ropa, y claro es, que á no haber espresa prohibicion del rey, le hubiera vmd. dado sesenta tormentos; cuanto mas que por otra via se sabe y es muy público en Valladolid que la hay, por haber dicho el presidente, que en la cédula que á él le vino de S. M. para enviar el alcalde Portocarrero á algunas personas, se hacia mencion de eso, que para que vmd. entienda que no hablo de mi cabeza, gusto de traerle testigos tan abonados cuando puedo sin daño de parte. Pues si este es persona de la calidad que he dicho, parece no puede ser sino don Sebastian ó don Antonio. Si es don Sebastian, visto está es agravio que á él se le hace en tenerle como le tienen, y que seria mucho mayor si pasase el negocio adelante, y le quitasen la vida oculta ó descubierta, ó le privasen del reino, pues para nada desto hay titulo ni bastante razon, porque no lo es el haber él negado que es don Sebastian, en lo cual parece renunciar el derecho al reino, que esta negacion ya se sabe que es involuntaria, y á mas no poder, por el temor que tiene que en declarándose le acabarán ocultamente; y así no escusaría eso al rey y á los ministros que lo supiesen, si aprovechándose de esa ocasion le castigasen ó quitasen el reino; y cuando él cediera libremente (que no cederá) el derecho que tiene, claro está que fray Miguel y todos los demas que en este negocio se hallan culpados, no ceden el que tienen de no ser infamados injustamente ni con falso testimonio, como seria decir que levantaban por rey al que no lo era, que siéndolo como ahora supongo, y ellos claman que lo es, seria hacerles un notable agravio, é imponerles una traicion que no les pasa por el pensamiento, sin poder colorearla con decir, que ellos le tuviesen por tal, porque como he dicho vése claro, que no pudo fray Miguel padecer engaño en esta parte, y así seria una gravísima ofensa de Dios el usar de este remedio, aunque fuese para con él alcanzar la paz del mundo, y conseguir el mas alto fin que se puede imaginar, porque ya sabe vmd. que no se han de cometer males para que de ellos resulten bienes; y así quedarían los autores y cooperadores de este hecho en perpétua obligacion de hacer una pública satisfaccion y restitution de fama &c. Y todo esto suplico á vmd. advierta muy bien para lo que abajo diré, y juntamente que fuera de la ofensa que á Dios se hacia, si acaso fuese como voy aqui pintando, no se cumpliría con los hombres, ni se conseguiria el fin que se pretende de la paz y quietud de entrambos reinos, antes se pondría un claro estorbo para ella, y se daría la mayor causa de alteracion á los portugueses que dar se puede. Porque la verdad, que queramos, que no queramos ha de salir á luz, y mas con este caso, donde es cierto haber muchos papeles secretos que la descubrirán á su tiempo, y darán evidente testimonio de quien era el preso, y no faltará quien le dé de que fué conocido, y con esto nadie sacará de la cabeza á los portugueses, que se tuvo noticia de quien era, y de que por tenerla le despacharon, y no es menester mas, para que ellos tengan alguna justificacion para revolver el mundo, diciendo que mataron en Castilla á su rey; y aunque nunca lo sea es menester advertir esto, y hacer una evidente demostracion, de que ni es don Sebastian, ni tiene que ver con él, porque de otra suerte el rumor que agora anda, y que la señora doña Ana y el dicho fray Miguel han publicado, de que es este don Sebastian, será bastante á causar la alteracion que he dicho.

«Pues si este no es don Sebastian, del discurso que tengo hecho se saca, que es don Antonio, ú otro personage tal, y porque otro no parece quien pueda ser, y de don Antonio hay los indicios que luego diré, hablaré en caso que sea don Antonio, que lo que en él dijese se podrá tener por dicho en caso que sea otro



«en quien concurren las razones que en él concurren. Y cuanto á lo primero, si este es don Antonio, ya veo que es muy diferente caso que el pasado, y que á lo menos cuanto toca á la conciencia hay menos peligro de errar; porque aunque á él le parezca que tiene algún derecho al reino, y aunque demos que le tenga, (porque comprendamos otro cualquier personaje de los que tenían mas acción que él) este es un derecho muy dudoso, y el del rey nuestro señor mucho mas cierto, y con posesión; y tal traición podía tener armada en razón de poder levantarse con el reino, que mereciese que le quitasen la vida, y aun sin nada de eso, tales delitos podía haber cometido en otro género en el ministerio, que cuando por cosas de atras no tuviera merecida esta pena, por ellos la mereciera, en lo cual no me entrometo, pues no sé lo que hay, ni es mio el juzgar de esto. Pero porque esa pena se le podría dar descubiertamente, y con manifestación de su persona y delito, ó encubiertamente á lo menos cuanto á la persona, publicando que es un hombre tal y bajo, que se hacia don Sebastian, y quería levantarse con el reino de Portugal, y parece que el negocio va encaminado de manera que se tomará esta segunda traza, y así diré los inconvenientes que en ello se me representan.

«El primero toca á la conciencia y es, que aunque por parte del principal delincuente, que ahora supongo ser don Antonio, no haya que reparar que su condenación se haga desta manera ó de la otra, dado que es merecedor del castigo que en él se hiciera, pues aun él mismo desea, y con razón, que habiéndose de hacer no sea descubierta su persona, pero de parte de fray Miguel y los demas no me parece cosa tan segura, por ser muy diferente delito el dar ó levantar por rey al que tiene ó podía tener algún derecho verdadero al reino, ó aparente; que el hacer otro tanto con un hombre vil, que ninguna acción tiene, ni aun méritos para ser lacayo de los que tanta cortesía le hacen, y redundaría mucha mayor infamia de las dichas personas el haber cooperado á esto segundo, que á lo primero, y así se les hacia un notable agravio en imputarles esta segunda culpa, y castigarles por ella, aunque tengan merecido todo ese castigo que se les dá, y ya he dicho, que ningún fin puede justificar el medio que tiene intrínseca maldad, cual es el infamar á uno de delito que no ha cometido; y así, no basta pretender por este medio atajar otros mayores inconvenientes, que del descubrir quien es el preso habiéndole de castigar, podrían resultar muchos menos. Basta que el dicho preso niegue ser don Antonio ó persona tal, y afirme ser hombre bajo, y que se fingiese ser el rey don Sebastian, que esto ya se sabe por lo que lo hace; y aunque lo haga por lo que quisiera, no importa, que no puede él quitar á fray Miguel y á los demas el derecho que tienen á su buen nombre; y á la opinión en que el mundo los tiene y debe tener, ya que se pasa la verdad, que encubierta redundaría con tanta infamia suya. Y así, si realmente se sabe que es don Antonio, y se tiene tal verisimil que no se puede pretender ignorancia, hay obligación á descubrirle por tal, ó dar traza como fray Miguel y los demas que viven libres en la opinión de todos de la culpa que no cometieron, y de la infamia que se les consigue. Y no basta que el dicho fray Miguel no quiera confesar que es hombre bajo el que dice que es el rey don Sebastian, por dar mejor color y salida á lo que ha hecho, que ninguna podía ser mas conforme á su honor del y de los demas que andaban en este trato; y si una vez se viese convencido, de que este no es el rey don Sebastian, y que ó ha de ser tenido por don Antonio ó por un vil hombre, no hay duda sino que declararía que es don Antonio, y tendría por muy mejor que todos entendiesen que lo es; y así por negarlo ahora en ninguna manera es justo

«consentir en que se diga, que el que trataba como rey es hombre bajo, no lo siendo sino persona tan diferente. Este es el primer inconveniente tocante á la conciencia, el cual si tiene algún fundamento vmd. lo verá ó consultará con quien mejor le pareciere.

«El segundo toca al fin que se puede pretender en ocultar la persona de don Antonio, que es evitar escándalo y alteraciones de portugueses, el cual no se alcanzará por este medio, pero es de temer todo lo contrario por la razón que arriba dije. Lo mismo en caso que este fuese don Sebastian, porque no hay duda sino que ello se ha de venir á entender por mil vías que ahora están ocultas y luego no estarán, y será mucho mayor el sentimiento y alteración de Portugal, y la presunción contra el rey, si ven que se aprovecha de la figura de hombre bajo que ahora tiene el preso, para debajo de ella castigarle y despacharle ocultamente, ó descubiertamente, que si ven que declara la persona, y convenciéndole de delito que lo merezca hacen cualquier castigo en él, y como quiera que ello sea, vmd. entienda que en el punto que el negocio está, y en lo que de él se ha entendido aunque en realidad de verdad este fuese un pícaro, es menester jugar tan al descubierto, que todo el mundo vea que lo es, tan claro como la luz del medio día. Pero no sé como ha de ser posible persuadir esto á gente de entendimiento con las cosas que hay de por medio, que son tantas mas de las que he tocado, que no todo se puede decir y mas por escrito. Fundome en que á vmd. le pasará esto mismo con S. M. que ni le dirá, aunque mas lo procure, todo lo que sabe, que hay mil menudencias que no se pueden escribir, y harían muchas veces la sustancia del caso; ni aun cuando se digan, tienen por escrito la vida que les dá la viva voz, que los hace parecer muy de otra manera y hacer muy diferente juicio; fundándome digo en esto que persuadí á vmd. en la pasada, que no obstante que S. M. sin duda consultará allá todo género de gente letrada y no letrada, hiciese vmd. otro tanto acá, juntando á sus buenas letras de alguno ó algunos teólogos como consultores de un caso tan grave, que oyendo y viendo todo lo que vmd. sabe, de este negocio, podrán mejor juzgar y decir su parecer, que los que solo ven unos papeles muertos; y si esto no hace, la conciencia se dá á que piense el mundo que es verdad lo contenido en este discurso, que no es mio solo, sino de muchos que le tienen y muy bueno, y no faltará por ventura entre ellos quien lo publique, ni aun otros muchos que se adelanten mas en pensar y hablar, de donde se podían seguir tales y tantos inconvenientes que no fuesen bastantes buenas trazas; ni quizás, ni gruesos ejércitos á atajarlos; y pues Dios ha hecho tanta merced á estos reinos, que por la prisión de este hombre se pueda averiguar la verdad del caso, y descargarse la real conciencia, si conviniese sin venir á dar en estos inconvenientes, justo es tomar todos los medios posibles para este fin, y para satisfacer al mundo que es mas necesario de lo que yo sabré decir. Y así torno á suplicar á vmd. mire muy bien lo que hace y no se arroje, que le vá el alma y la honra en ello.

«Hasta aquí todo ha sido hablar debajo de condición si es Pedro ó Juan, porque aunque del no ser hombre bajo parece que hay claridad, y veo á hombres muy doctos y cuerdos asegurarlo, y decir que no les sacará dello todo el mundo, pero de quien sea determinadamente no lo podemos tener con resolución los que miramos las cosas desde afuera; y aunque yo no querría arrojarle á lo que no tengo por muy cierto, entre otras ignorancias que habré dicho, he guardado la mayor parte para la postre, que es decir mi sentimiento y lo que me se representa por mas verisimil con las conjeturas que para ello tengo.



«Cuanto á lo primero estando en buena razon, á mi no me parece lleva ánimo para ser don Sebastian, así por no decir bien las señas del uno con las del otro, que aunque en las mas convengan, segun lo que yo he oido, en otras muy esenciales diferencian; como porque parece cosa de risa decir, que ha estado tantos años encubierto don Sebastian, y al cabo de ellos no topó otro mejor refugio que fray Miguel, ni otro mejor oficio que pastelero, ni otro mejor pueblo que Madrigal; y lo principal, porque dado que fuera vivo, y que de puro corrido del suceso de la batalla se hubiera encubierto al principio y tenido por mejor carecer por algun tiempo de su reino, que pasar aquella vergüenza que en pocos dias se pasará y olvidará; y ya que queria recuperar su estado ¿qué tenía mas que entrarse en su reino, y manifestarse en él, y desde allí dar noticia á nuestro rey, y en tanto que no podía dudar de la cristiandad de S. M. que al punto que esto constara le hiciera entrega del reino, y aun quizá de su propia hija, sin que tuviera necesidad de sacar una monja de su monasterio para casarse con ella, y ya que se temiera del rey, y cayera en su entendimiento duda de lo que en él hiciera, y con este temor se determinara á aguardar para despues de sus dias, ¿á qué propósito ó para que se habia de venir á Madrigal, pudiendo estar mas seguro, mas servido y regalado en mil casas de Portugal de las personas con quien dicen se ha declarado y le han de ayudar á su tiempo? Pues dar por salida á todo esto el voto que dicen que tiene hecho, de no reinar ni entrar en su reino por espacio de veinte años, es mas para reir que para nada, porque no hubiera sacristan que no dijera que tal voto no era válido, ó si lo era se lo conmutarian con mucha facilidad, y sabiendo él esto como fué forzoso el saberlo, que aunque fray Miguel ha dicho públicamente que él se lo ha dicho, no se puede decir que la obligacion del voto y menos la devocion de guardarlo, que de quien andaba tras una mugercilla en Valladolid no se puede presumir tanta devocion, que por ella solo se privase de un reino entero, y mas deseándole tanto como ha mostrado la experiencia por la trama que estaba urdida. Mil disonancias y repugnancias tiene esto de don Sebastian, y así me queda muy poca ó ninguna duda cuanto á este punto. Y pues á ser personaje, por lo dicho el preso, á lo que mas me inclino es á lo que parece que lleva mas camino, y á que es don Antonio. Lo primero porque ninguno otro hay que pudiera dar en esto, y en quien mejor cayera, que sepamos fáltle de Portugal: lo segundo, porque todo el tiempo que se dice que este hombre anda por acá, no se sabe de don Antonio si vive ó muere, ó donde está:

lo tercero, porque ya que está aquí no se supiera por no haber tenido ocasion, ni ha habido para inquirirlo, tiempo ha habido para saberlo despues que anda este negocio, que ha ya tres meses, y no es posible que habiéndose hecho tanta diligencia para saber cosas que eran ramos de este negocio, en solo el punto principal que es este, haya habido descuido. Y pues esto no se ha de creer, y por otra parte no hay hallar rastro de don Antonio, harto camino lleva que es este. Lo cuarto, porque la edad y otras muchas señas de don Antonio vienen bien con las que dan de este los que le han visto. Lo quinto, porque la amistad de don Antonio sabemos que era estrechísima con fray Miguel, y que esto le tiene por acá, y no habia tanto que maravillarnos de que andando don Antonio como anda, le viniese á buscar y tratar cosas con él, y que el fraile le pusiese con la señora doña Ana, y poco á poco se fuese urdiendo esta tela, ó que desde atras se trujese urdida por cartas, y esto le trujese acá y el tomar el pulso á las cosas del reino, y quizás á algunos personajes de él, para ver si hallaba acogida en ellos; para lo cual y para otras cosas no era mas que medió la señora doña Ana. Estos indicios sabemos acá, los que hacen al caso vmd. los sabrá, y juzgará, y disimulará como buen juez, y tan discreto ministro del rey mas amigo de secreto que nunca se vió. Mas no dude vmd. de que nos ha de llevar muy pocos meses de ventaja en saber toda la verdad, porque no es caso este para encubrirse, y como ello se acierte ojalá nunca se sepa.

«No se cansa vmd. en inquirir quien sea el que hace esto, ó por qué via se encaminen los papeles, sino tómelos como venidos del cielo, porque lo demas no servirá sino de escandalizar el pueblo, y de que yo me retire por mas cosas que sepa dignas de ser advertidas, como le doy mi palabra, que estuve por hacerlo ahora, por haber sabido la diligencia que se ha hecho por coger al que llevaba el papel, y si no diera en cierta traza que hallé para desmentir las espías, vmd. se quedara sin él por ahora, y aun quizá para siempre, que con algun enfado de ver diligencia tan de propósito, y con deseo por otra parte de no dejar por eso lo que para el bien comun tengo por tan necesario, estaba ya dando traza como enviarle al rey, con el aviso de que vmd. no daba lugar á ser por estos medios advertido de cosas que tanto importan.

JOSÉ QUEVEDO.

(La conclusion en el número inmediato.)

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### INTERIOR DE LA CASA DE UN MANDARIN EN PEKIN.

El pueblo chino no está ya rodeado de ese misterio impenetrable que parecia deber tenerlo separado eternamente de los demas pueblos, como la tierra lo está de los demas planetas. De algunos años á esta parte, sobre todo la Europa, ha abierto anchas brechas en la gran muralla, y las miradas profanas penetran hoy por mas de un lado en el celeste imperio. Cada dia se presentan nuevas ocasiones de conocer mejor este singular país. He aquí la curiosa descripcion que de las casas de los

mandarines chinos, hace Pedro Dobel, en su obra titulada *Siete años en China*.

«Las casas de los chinos ricos constan de multitud de piezas espaciosas y bien alumbradas por medio de ventanas abiertas en la fachada, ó en los costados de la casa. Hallanse situadas en medio de grandes y hermosos jardines adornados con toda la prolidad, que puede dar el arte; el terreno es sumamente variado á causa de las cascadas, kioscos, puentes y senderos que lo embellecen y cruzan; pues indudablemente el arte de la jardineria ha llegado en China á un grado de perfeccion que no se conoce todavia en ninguna otra parte. Entre los muchos medios que los chinos emplean para engañar al paseante acerca del espacio que puede



recorrer, ocupan el primer lugar los senderos sinuosos que hacen serpentear de mil maneras. Vienen en seguida los laberintos formados por un número infinito de asteriscos de diferentes especies, y dispuestas de modo que forman caminos que se atraviesan, en terminos que es muy difícil salir de ellos sin guía. Los chinos tienen una predilección particular por los asteriscos y cultivan esta flor con muy buen resultado. Entre las varias especies de asteriscos, se halla una que conside-

ran como un manjar exquisito; es del tamaño de una rosa ordinaria, de color blanco y de largos estambres pendientes.

Nada realiza mejor los jardines encantados de Armida, como la vista de un jardín chinesco iluminado con vasos de colores durante la noche, y mientras que una inmensa multitud de asteriscos colocados artísticamente al rededor de un estanque, lo esmaltan con sus variados colores.



Interior de la casa de un Mandarin.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### OTRA JULIETA Y OTRO ROMEO.

Pocos años hace que á nadie le ocurría en el verano moverse de su casa, mas que para dar una vuelta después de obscurecido en el Prado, ó entre las piedras de la Plaza de Oriente, donde no habia entonces, como hay ahora, ni paseos, ni jardines, ni estatuas, ni otra cosa

que polvo, escombros y algun mal puesto de agua y panales. Con este recurso, con dar una zambullida en el caudaloso Manzanares, y con algun vaso de horchata de chufas, hacíamos en Madrid frente á los calores de julio con una resignacion heróica, y sin pensar en que hubiese un medio de pasarlo mejor; pero los modernos lo hemos dispuesto de otro modo, y en el dia es de mal tono, perjudicial y aun nocivo, el no hacer un viage en



verano aunque no sea mas que hasta el puente de Segovia ó á los dos Caravancheros. En llegando el mes de junio, las diligencias, los coches y hasta las galeras se toman por asalto con no poco provecho de las respectivas empresas, y ay! del que se descuide, que tendrá que pasar un mes esperando proporcion. Si en España hubiese caminos de hierro, ó por los menos la mitad de los medios de comunicacion que existen en otros países, nada tendríamos que envidiar á los Estados Unidos, donde se cuenta que es tal la facilidad de transporte, que prefieren los comerciantes hacer un viage de ochenta ó cien leguas, á escribir una larga carta de negocios.

Es fuerza confesar que en Madrid tienen razon los transfugas de verano, porque en la corte que fué de ambos mundos, los meses de julio y agosto son insostenibles; 32.º de Reaumur sobre cero por termino medio, un polvo insufrible, escasez de aguas y una atmósfera cargada de miasmas nada salutíferos, son enemigos que debe evitar todo el que pueda evitarlos; pero Madrid era lo mismo hace diez años y sin embargo pocas personas lo abandonaban porque no se habia hecho moda; hoy hasta los médicos participan de ese furor de movimiento que es el carácter distintivo de nuestro siglo: no hay enfermedad por ligera que sea que para convalecer no se prescriba al paciente que salga á tomar aires; los baños y las aguas minerales se han hecho ya indispensables á nuestra existencia, y si es verdad que no á todos aprovechan, no puede negarse al menos que es uno de los grandes recursos de la medicina.

Por ahora, las provincias vascongadas en general, los baños de Gestoña, Arechavaleta y santa Agueda, y las ciudades de Bilbao y San Sebastian en particular, llevan la preferencia, y con justicia, por lo hermoso del país, lo excelente de su temperatura, y sobre todo porque el camino es mejor y mas seguro y porque se encuentran mas comodidad para viajar y para vivir. Desde que concluyó la pasada guerra, las provincias del Norte son el punto de reunion de los emigrados veraniegos.

A mí tambien me dió la mania el año último de seguir la moda; tambien yo pasé una buena temporada en ese delicioso país tan justamente encomiado. Razones que no son de este lugar me decidieron á tomar por punto de residencia la ciudad de San Sebastian... Pero antes de referir á mis lectores la anécdota que dá título á este artículo, quiero decir dos palabras para que formen una idea de la poblacion que me sirvió de asilo, porque lo conceptúo preciso para la buena inteligencia de lo que despues diré, y bajo este aspecto cuento con que me han de perdonar la digresion.

San Sebastian es la ciudad mas clásica del mundo; situada al pie de una montaña en cuya cumbre se eleva el castillo que la sirve de defensa, rodeada por el mar y por una ría que se forma con el Urumea y las altas mareas, se presenta á la vista del viajero, que la descubre desde la altura del camino de Hernani, como una pequeña península formada por las aguas del oceano. Cuando se entra en la ciudad se encuentra una poblacion nueva, de figura regular, formando un cuadro casi perfecto, con su bonita plaza en el centro, sus calles rectas y aseadas, sus casas de tres y cuatro pisos guardando simetria, cómodas y limpias, sus buenos cafés y fondas, sus magníficas tiendas, su bonito teatro, hecho de nueva planta, su elegante casa de baños, su tertulia pública ó casino, y en fin cuanto pue le apeteciese para gozar de la vida material, quieta y tranquila. Pero todo moderno, todo de este siglo, nada de ruinas romanas, ni de arcos góticos, ni de castillos feudales, ni de palacios de la edad media, nada de poesia de ningún género. Ocupados sus habitantes por lo general en el comercio y la marina, solo se nota una gran actividad, un incesante movimiento mercantil; pero sabido es que las facturas y los fardos son

enemigos mortales de las musas, y sin duda por eso Breton de los Herreros que visitó á San Sebastian hace cuatro años, se fué á Pasages á tomar el asunto de su *Batelera*, y Victor Hugo que estuvo el año antepasado no tengo noticia de que haya escrito ni una estrofa que recuerde á la posteridad este viage.

En San Sebastian, como en toda ciudad de provincia, el tiempo se hace largo á los que estamos acostumbrados al bullicio de la corte: apesar de la esquisita amabilidad y fino trato de sus habitantes, no obstante el esmero que ponen en obsequiar á los forasteros, como la poblacion es pequeña y los recursos pocos, los dias pasan con una monótona uniformidad que cansa: comer, beber, dormir y pasear, he aquí lo que se hace lo mismo un dia que otro, escepto cuando llueve que hay que suprimir el paseo y por consiguiente aumenta el fastidio, pues dentro de los muros la poblacion se anda toda entera en menos de diez minutos. Vamos ahora á la anécdota.

Instalado en una buena casa de huéspedes, vi correr todo el mes de julio disfrutando de un tiempo hermoso y consolándome de lo pesado y largo de algunas horas, con las noticias de la escesiva altura á que habia llegado el termómetro en Madrid. Habia yo llevado varios libros que crei me bastarian para leer toda la temporada y no me alcanzaron ni para quince dias; agotado este recurso me di á hacer visitas, á registrar las tiendas, á verlo todo detenida y minuciosamente; y á falta de cosa mejor que hacer, me iba al puerto á ver cargar y descargar los buques, y á dar gracias á Dios contemplando la prodigiosa abundancia de atunes de que hacian cosecha los pescadores para surtir despues de escabeche á media España. Pero estábamos ya á fin de agosto, se revolvió el tiempo y tuve que abandonar este recurso.

Una tarde que caia el agua á jarros y era imposible salir ni á la casa de enfrente, me puse despues de dormir una buena siesta, á hojear de nuevo todos mis libros por si habia olvidado leer alguna página de ellos que me sirviese de entretenimiento. En esta operacion me sorprendió la patrona que iba á preguntarme si queria tomar chocolate.

—Venga chocolate, la dije, siquiera por hacer algo... ¿Acostumbra á llover mucho en San Sebastian, le pregunté cuando ya se retiraba?

—En verano, no señor, contestó: ocho ó diez dias y luego lo deja.

—Alabado sea Dios, ¡esclamé; y yo sin libros!

—Toma, pues y esos que tiene vd. ahí delante, señor, ¿no son libros?

—Como si no lo fueran, patrona, porque todos los he leído mil veces.

—Yo tengo allí dentro en un armario, continuó la buena muger, unos cuantos que heredé de mi padre; si vd. los quiere...

—Con mil amores, le dije; vengan al punto y mas le agradezco á vd. esto que si me diese un reino.

Llevó en efecto los libros, pero era uno un diccionario vascuence en dos tomos; otro el *Calepino* de Salas y los dos restantes el *Catecismo* de Fleuri y la *Gramática* de la lengua castellana, segunda edicion de la Academia Española; todos en bastante mal estado con multitud de rubricas y letreros en los pergaminos del forro, y con la cantinela de costumbre en las escuelas escrita al reverso de la portada:

Si este libro se perdiere  
como suele acontecer, &c.

todo lo cual me probó que evidentemente habian servido para aprender el castellano á los antecesores de mi patrona en dos generaciones á lo menos.



—No hemos hecho nada, Ignacia, (asi se llamaba) le dije; estos libros los aprendí de memoria hace ya algunos años, y si no tiene vd. otra distraccion que ofrecerme, prefiero que me traiga vd. el chocolate y aunque llueva me voy á dar cuatro vueltas á los Arcos.

Mientras Ignacia hace el chocolate, quiero dar una idea de su persona á mis lectores. Muger de 30 años poco mas ó menos, alta, robusta y forzada, verdadero tipo vascongado, no tiene nada de repugnante en su figura, pero es de las que menos tienen tambien que agradecer á la naturaleza entre sus paisanas, por lo general mas bonitas que feas. Está casada y su marido que podrá ser de la misma edad que ella, ejerce la honrosa profesion de fabricante de remos, lo cual le facilita los medios de comunicar directamente con los pescadores y gente de la marina, entre quienes tiene tal cual ascendiente desde tiempo inmemorial, puesto que su familia ha ejercido siempre la misma profesion de padres en hijos. Pasa este matrimonio por gente de algun capital en el pais y aun poseen su pequeña propiedad no lejos de la poblacion camino de la Herrera; pero industriosos y económicos, como lo son todos los habitantes de aquellas provincias, aprovechan la circunstancia de tener una bonita casa bien amueblada, y un buen servicio, para hospedar en el verano á uno ó dos forasteros, y sacar, como ellos dicen, para leña en el invierno. Tales eran mis patrones, gente honrada y cariñosa ademas, de quienes siempre conservaré un grato recuerdo. Volvamos á tomar el hilo de la interrumpida historia.

Ignacia entró con el chocolate y despues de colocarlo sobre la mesa, quiso retirarse segun costumbre.

—No se vaya vd., la dije; hablemos un poco: cuéntenme vd. algo de San Sebastian.

—¿Qué quiere vd. que le cuente, señor? De la guerra de los franceses no me acuerdo, porque aun no habia nacido; todo lo que sé es que el año 15, nuestros aliados pegaron fuego á la poblacion y dejaron medio arruinado á mi padre. Despues en la guerra con D. Carlos...

—Déjeme vd. por María Santísima de guerras, Ignacia, interrumpí, que tantas guerras hemos visto en los pocos años que contamos, y sabe Dios las que veremos aun. Yo quisiera saber algo de otra especie; alguna tradicion de este pueblo; alguna leyenda, algun milagro ó aunque sea algun cuento.

—Leyenda no puedo decirle á vd. porque no sé leer, continuó mi patrona, y en cuanto á milagros ya sabe vd. que no es fruta de estos tiempos; tampoco sé cuento, ni aun de brujas, que en este pais no las hay; pero sé una historia que si vd. quiere se la contaré y parecíame que le ha de gustar.

—Admito, con tal que no sea de guerras, ni de...

—Nada de eso; es cosa de amores.

—Magnífico! magnífico! patrona mia; no deseo yo mas. Vaya vd. empezando con su historia mientras yo lo hago con mi jicara de chocolate... Pero siéntese vd. que si es larga se vá vd. á cansar.

—Mi patrona se sentó y empezó de esta manera. (1) «Hace algunos años que habia en esta ciudad dos familias muy influyentes entre las de su clase, cuyos dos gefes ya ancianos se odiaban mortalmente; ambos tenian su clientela, sus adictos y apasionados que participaban igualmente del odio de sus respectivos gefes...»

—El principio es asombroso, Ignacia, interrumpí; nada menos que un Montesco y un Capuleto en San Sebastian!...

—«No se llamaban asi, continuó Ignacia, el uno se llamaba *Mendiarguiyá*, que en castellano quiere decir Montecarlo, y el otro *Selayaylluná* que significa Valle-

oscuro, de manera que como vd. vé hasta los apellidos parece que esplicaban ya su antipatia. Bien hubieran querido ambos tener un hijo que heredase su saña; pero Dios lo dispuso de otro modo, y aunque Montecarlo vió cumplido este deseo, su adversario no, porque en vez de hijo su muger le dió una hija, única tambien como era único el hijo del otro.»

—Lo dicho! volví á exclamar; una Julieta y un Romeo! Y estaba vd. callando con ese tesoro, patrona, y yo buscando hace ocho dias asunto para un artículo de esta ciudad que he prometido escribir para el MUSEO á las señoras de B<sup>ma</sup>, con la condicion de que ha de ser muy romántico! Siga vd., siga vd., Ignacia mia, que apuesto cualquiera cosa á que hemos dado en la dificultad.

—«Pues señor, como el diablo á veces se empeña en enredarlo, por donde no hizo que los dos chicos, casi de una edad, cuando llegaron á mozos se enamorasen uno de otro.»

—Me lo habia sospechado.

—«Estos amores se sabian en todo el pueblo y los padres no podian ignorarlos, pero se hacian los desentendidos, sin duda porque en el fondo conocian que los jóvenes habian nacido el uno para el otro y que por lo tanto su amor no era un disparate. Una mañana que debió levantarse de buen humor Montecarlo, se fué á ver á Valleoscuro y le propuso la paz ofreciéndole por garantía la mano de su hijo para su hija. Valleoscuro aceptó porque el joven Montecarlo era un buen partido; acababa de morir en Valparaíso un tio suyo muy rico y lo habia dejado por heredero de cuantiosos bienes; esto ya no era un secreto para nadie y se aguardaba de un día á otro el barco en que venia la herencia; por su parte la hija de Valleoscuro contaba tambien con una crecida dote, de manera que se habian nivelado las distancias de fortuna y en cuanto al nacimiento nada tenian que echarse en cara.»

«Esta reconciliacion se celebró con regocijos en ambas familias, en los que tomaron parte los amigos de cada una, que tambien se reconciliaron á su vez y todo marchaba á las mil maravillas.»

—Lo siento, Ignacia; lo siento á fé mia; ya hemos perdido la semejanza con Julieta y Romeo, ya no me prometo nada bueno.

—Poco á poco, señor, que todavia no he concluido y ahora se puede decir que comienza la historia... Desde el día de la reconciliacion, Julieta, como vd. la llama, no pensó mas que en preparar las galas de la boda, y Romeo en obsequiar á su futura. Ya se habia fijado día para firmar las capitulaciones, cuando una tempestad...

—Tambien tempestad!..... exclamé; somos felices! Familias rivales, amorios, reconciliacion, un tio en Indias y una tempestad!.... ¿qué mas se puede pedir? Siga vd..... siga vd., veremos la catástrofe.

—«Una tempestad echó á pique á la vista del puerto, el barco que traia la herencia de Valparaíso, y Valleoscuro cuando lo supo retiró la palabra; dijo que no queria dar su hija á un pobre diablo, y la encerró donde no pudiera nadie ni verla ni oirla. Este proceder despertó de nuevo los odios y las rivalidades con mas fuerza que nunca entre los gefes, partidarios y amigos de ambas familias.»

—Bravo! esto se complica.

—«En la época á que me refiero, estaban aqui los ingleses de la legion que vino á auxiliar á los cristinos en la pasada guerra. Un oficial alto y flaco, que se hallaba alojado en casa de Valleoscuro, tuvo el capricho de enamorarse de Julieta, no obstante que la doblaba la edad, y el padre se la ofreció en matrimonio, segun la opinion de todos, para quitar esperanzas á su rival. El inglés era un original como todos los ingleses, y entre la multitud de estravagancias que hacia, tenia el capricho de pasear

(1) Hago gracia á mis lectores del lenguaje semi-vascongado de mi patrona, conservando solo la fidelidad y exactitud del relato.



por el agua todas las tardes en una barquilla de pescadores, estuviere el tiempo como quisiera, y excepto solo los días de gran borrasca.»

«Julietta, la llamaremos así, ya que á vd. le gusta este nombre, no dejaba de recibir, apesar de su encierro, noticias de Romeo y protestas de amor, porque ya sabe vd. que nunca faltan á los amantes medios de entenderse. De acuerdo ambos, Julieta aparentó ceder con gusto á la voluntad de su padre y puso buena cara al inglés, á quien al principio habia despreciado. Esto le valió algo mas de libertad, pero no mucha, porque el viejo la vigilaba día y noche, y el inglés por otra parte, á título de futuro no se separaba de ella ni un instante. Julieta pidió á su padre que la permitiese acompañar alguna vez á su prometido esposo en el paseo marítimo, en lo cual consintió Valleoscura, á condicion de que iría con ella su ama de leche en quien tenia completa confianza. El paseo se repitió varios días siempre en una misma barca que el inglés tenia contratada, hasta que una tarde al tiempo de subir notó este que no era el marinero de siempre el que los recibia, sino otro mas jóven con un sombrero de paja calado hasta los ojos. —¿Pues cómo es que no está aquí Juan, preguntó el inglés sin gran estrañeza?—Está malo, señor, le replicó el otro, y me ha encargado que sirva á vd. en su puesto.» Sin ocuparse mas de este incidente, el inglés se sentó en la barca y sacó un papel muy grande que le enviaban de su tierra y se leía todas las tardes mientras el paseo, sin hablar una palabra á su futura, á quien no obstante decia que adoraba. El marinero desconocido se dió á remar con toda fuerza, y cuando ya se habian alejado del puerto, al tiempo de pasar por junto á una lancha de pescadores, hizo una seña de inteligencia á estos y con la rapidez del rayo, deja los remos, dá un fuerte empujon al inglés que cayó al mar envuelto en el periódico, vuelve á coger los remos y con una fuerza increíble, guía la barquilla mas rápida que el relámpago hácia Fuenterrabia. Los pescadores de la lancha sacaron al pobre inglés aparentando un celo extraordinario, y lo trajeron á San Sebastian sin haber tenido mas contratiempo que el susto del baño y la pérdida del periódico, que por lo que despues se supo fué lo que mas sintió, porque dice que traia un magnifico artículo sobre el descubrimiento de una nueva casta de perros de caza á que era muy aficionado.

«No necesito decir á vd. porque ya se lo figurará, que el supuesto marinero era Romeo y que todo pasó conforme á un plan arreglado anteriormente. Fuenterrabia estaba ocupado entonces por los carlistas; entre estos y en el pueblo mismo, no faltaban al hijo de Montecarlo buenos amigos; se presentó á ellos como emigrado de San Sebastian diciendo que habia tenido que huir por haber abogado á un inglés, y esto bastó, no solo para que lo recibiesen con los brazos abiertos sino para que lo obsequiasen como un héroe. Pocos días despues, los jóvenes se casaron, la vispera precisamente del ataque de las tropas de la reina á la poblacion. Romeo habia tomado parte con los carlistas agradecido á la buena acogida que encontró en ellos y quiso, sabiendo que se aproximaba la hora del peligro, tener el gusto de desposarse con Julieta: «si muero en la refriega, le decia, por lo menos nadie podrá decir que eres la querida, sino la viuda de Montecarlo.»

El ataque se verificó y no murió Romeo, pero salió herido levemente, cayó prisionero y le llevaron á un depósito, de manera que la pobre Julieta abandonada y sola, sin poder volver á casa de su padre que no la hubiera recibido, y sin el apoyo de los amigos de su marido que todos habian tenido que abandonar el pueblo, se vió reducida al estremo de tener que mendigar el sustento. Al cabo de algunos meses supo la muerte de su padre ocasionada por el disgusto de la pérdida de la hija, á la que siguió la de casi todos los bienes, pues le quemaron dos caserios y una herreria, no se sabe á punto fijo si los carlistas ó los cristinos cuando el ataque de las líneas de Hernani. De vuelta Julieta á San Sebastian le dijeron que su marido tambien habia muerto en el depósito, y tanta fué su desesperacion que estuvo mas de una vez á punto de tirarse al mar. Afortunadamente no lo hizo...

—Lo siento, dije yo maquinalmente distraido en aquel momento, y sin pensar mas que en sacar partido de la historia para el artículo que habia ofrecido á las señoras de B\*\*

—Cómo! ¿siente vd. que Julieta no cometiera ese crimen?

—No me ha entendido vd., patrona: yo me intereso mucho por su Julieta de vd. y hubiera querido, para que la semejanza fuese completa con la mia, que las cosas hubiesen pasado de otro modo.

—Pues, no señor, pasaron como yo se las cuento á vd., ni mas ni menos. Romeo no habia muerto sino que fingiéndose muerto y de acuerdo con otros compañeros, logró escaparse del depósito y se reunió á las tropas carlistas, donde le dieron por varios servicios el grado de alferéz; fué de los convenidos en Vergara y un día que estaba su muger mas afligida que nunca, se le vió entrar de repente por la puerta con su elegante uniforme, su charretera y mas amor que nunca. Se abrazaron, se contaron mutuamente sus penas y angustias, y desde entonces no han vuelto á separarse jamás. Ahí tiene vd. mi historia que me alegraré haya sido de su gusto.

—Y mucho que lo ha sido: ahí tiene vd. la jicara de chocolate desocupada, que no me ha gustado menos que la historia. Pero falta una cosa para satisfacer mi curiosidad por completo; falta que vd. me enseñe esos dos héroes que debe vd. por fuerza conocer. Quiero ver ese jóven intrépido que roba de un modo tan original á su querida, que se hace militar por amor, se escapa de un depósito de prisioneros fingiéndose muerto, y conquista en breve tiempo por su valor é intrepidez un grado honorífico; quiero conocer al autor de esas hazañas novelescas, propias de un héroe de la edad media y dignas de esculpirse en mármoles y bronce: deseo tambien conocer á esa encantadora Julieta tan fiel á sus promesas, tan constante, tan firme en su amor....

—Pues si no quiere vd. mas que eso, ya la tiene vd. delante.

—Cómo? Ignacia! ¿vd. es....

—La hija de Valleoscura.

—Entonces su marido de vd. es....

—El héroe de la historia; el hijo de Montecarlo.

Vaya vd. á escribir artículos románticos en una ciudad clásica.

F. DE P. MELLADO.

